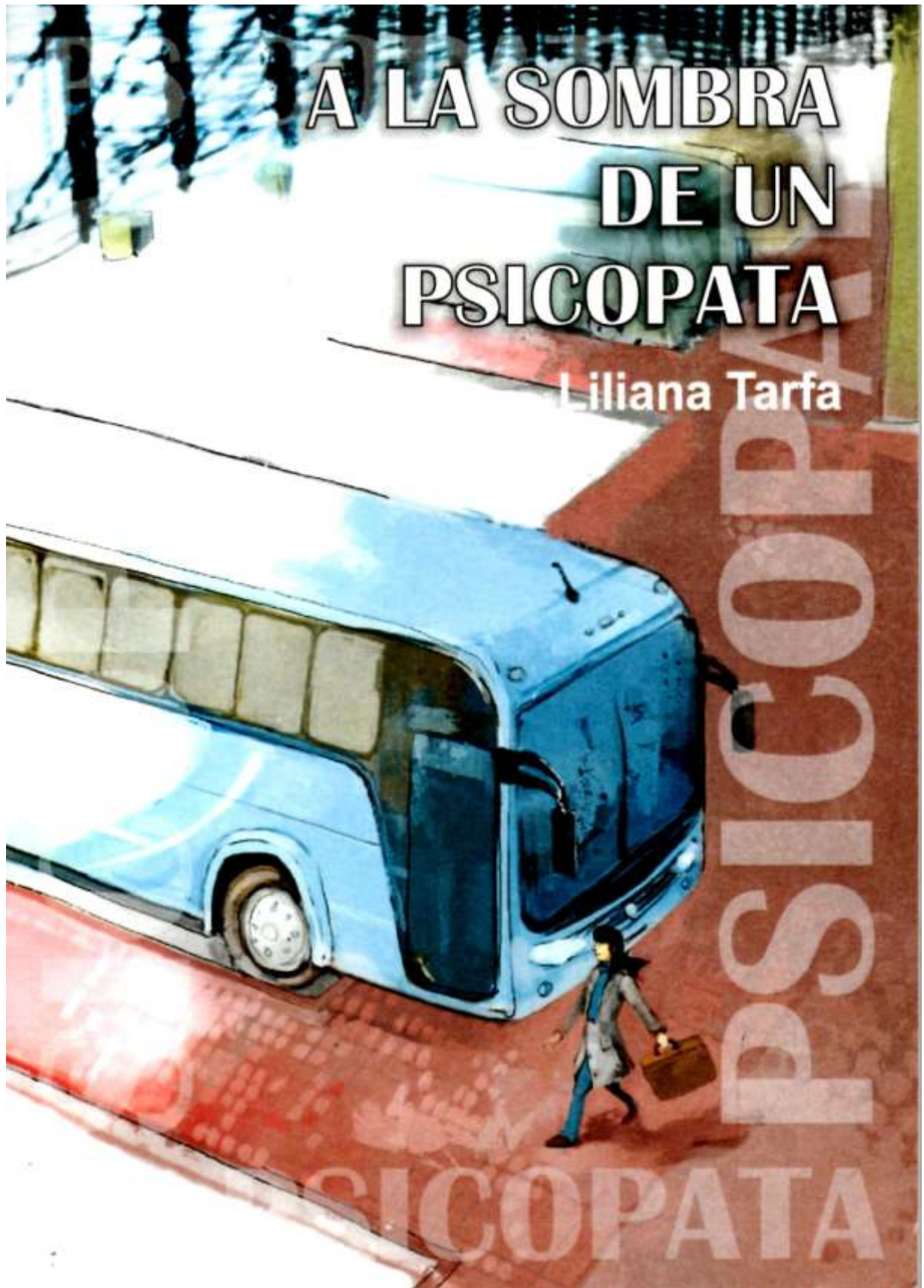


A LA SOMBRA DE UN PSICOPATA

Liliana Tarfa



A LA SOMBRA

DE UN

PSICÓPATA

Tarfa, Liliana Andrea

A la sombra de un psicópata.

-1ª ed. –Córdoba : Sol Rojo Editora, 2011. 116p, ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1275-35-9

1. Narrativa- .1. Título

CDD 863

Hecho el depósito que previene la Ley 11723

ISBN 978-987-1275-35-9

Libro de edición argentina.

Impreso en Córdoba República Argentina

***Liliana Andrea Tarfa**

***Sol Rojo Editora**

LILIANA TARFA

A LA SOMBRA

DE UN PSICÓPATA

HISTORIA DE VIDA

SOBRE UN HECHO REAL

Este libro está dedicado a las mujeres maltratadas, golpeadas, psicopateadas.

“El que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios” –Juan 3-3.

Para algunas personas, estas palabras son sólo una doctrina de vida que propone una elección.

Para Ana, sin embargo ¡Llegó a ser una condición!

Elegir entre “Volver a Nacer” o “Permanecer atada a las sombras”.

Todos esos años que parecían perdidos, fueron solamente el recorrido de un testimonio que se debía escribir.

Hay muchas mujeres transitando el camino de la desolación y el temor a lo desconocido, pensando y dudando si en verdad existe otro destino para ellas.

Mi deseo en este libro es decirles:

“Hay otra realidad, otro mundo, otra vida distinta a la vivida”.

“Hay que volver a nacer” sólo es necesario... “Volver a creer”

Llevamos en el presente, lo que traemos del pasado.

Para muchos, una herencia de vida,

para otros, una herencia de muerte.

Temores que desde adentro nos mantienen atados,

fantasmas que gritan hasta aturdir la mente,

confundiendo los sentidos

para desconfiar de todo y de todos.

Fantasmas que nos alejan del amor

aislándonos de la vida,

usando el dolor de lo sufrido

para mantener el alma atrapada entre heridas.

Alejandro F. López

Mi mente estalló...

Todo fue tan rápido que casi no me di cuenta de lo que pasaba.

Era como un sueño donde todo simplemente sucedía.

Salí corriendo de aquella casa sin mirar atrás, como si una incontrolable fuerza me expulsara de allí.

Sentía que mis pies no tocaban el suelo, como si volara. Al detenerme, estaba en la Terminal de ómnibus.

No entendía lo que estaba ocurriendo; pero de algo estaba segura, aquel infierno había terminado y era definitivo.

Había llegado el momento de vivir mi propia historia, pero... ¿cómo lo haría? ...

Repetía todo el tiempo: “¡No voy a poder...No voy a poder...!”

Entonces supe que había perdido mi identidad y también, las ganas de seguir.”

Desde aquel instante comenzaron a presentarse recuerdos sueltos.

No era conciente de la realidad, y no olvidaré jamás el dolor del alma. Supe que el alma duele ¡y tanto! que casi no se puede respirar.

Escuchaba decir que era un lindo día y había sol. Oía como un susurro el trinar de los pájaros, pero la tibieza del otoño no me acariciaba.

Sentada, inmóvil, con los ojos negándose a parpadear, miraba sin ver un punto fijo, y sólo sentía frío, mucho frío...Creo que en aquel momento... morí. Sólo sentía frío.

La mente se llenaba de recuerdos, todo pasaba como una película sin cortes y yo, sentada como espectadora y protagonista de esa historia, conocía el final, pero no lo podía cambiar.

Recordaba la niña que fui en aquel pueblito de Santa Fe, donde cada estación del año dejaba un sello personal, especialmente en la plaza que estaba a media cuadra de casa.

En primavera se adornaba con pequeñas flores rojas, parecía una gran alfombra matizada con el verde del pasto tierno. Eran tan bellas que al pasar hacía un ramito y se las llevaba a mi madre de regalo.

El otoño sembraba de hojas secas el caminito para cruzarla.
Las hamacas, los sube y baja; eran los juegos de los niños del pueblo.

En verano se juntaban para jugar al carnaval y en invierno, los árboles desnudos y el pasto seco por las heladas dejaban ver la pequeña Iglesia que sólo se abría los domingos para celebrar misa.

Era normal que los vecinos se saludaran por sus nombres y de no hacerlo, era signo de mala educación. Cosas que pasaban en los pueblos.

Seguía viendo la película de mi niñez...jugando en el patio de casa con mi pequeño perro, pelos largos, negros y un flequillo que le tapaba los ojos ¡Qué bonito era!

Aquellos días los vivía lentos y sin sobresaltos: Por la mañana, iba al único colegio primario; y por la tarde jugaba con mi perro o andaba en bicicleta.

Eran mis únicos pasatiempos, para seguir los estudios secundarios había que viajar a pueblos vecinos (privilegio de algunos pocos).

Hoy recuerdo una niñez tranquila y el aroma a tierra mojada cuando al atardecer, pasaba el regador para asentar las calles.

Mi mente se llenaba de instantes de la infancia, porque necesitaba volver a sentirme niña para alejarme de la realidad, la misma que ese día me había matado como mujer, madre y esposa.

Mi padre trabajaba en una empresa del Estado que lo obligaba a usar saco y corbata, una presencia impecable, carácter calmo y cariñoso, lo necesario, como si se quedara con ganas de dar más.

Mi madre, ama de casa, siempre limpiando, como si fuera una obsesión. Tenía un carácter sobresaltado, quizás era su manera de comunicarse, casi no retengo las caricias pero sí, las pesadas manos, cuando se alteraba su paciencia era limitada y los gritos, una descarga.

Mi hermano, tres años mayor que yo, era algo inquieto. Al terminar los estudios primarios lo mandaron a un colegio pupilo a otra ciudad, quedaba lejos de nuestra casa y lo veíamos cada quince días.

La situación económica de aquel momento no me permitió continuar el colegio secundario; sólo pudo hacerlo mi hermano, privilegio que le daba su condición de varón y así “prepararse para afrontar una familia el día de mañana”. Yo podría estudiar corte y confección, inglés y dactilografía.

Poco había para hacer en el pueblo, los días eran largos y monótonos, con la variante de ir solamente un día por semana a estudiar inglés. Soñaba con ser profesora, pero sin los estudios secundarios completos no podría cursar un profesorado.

No tenía amigas y algunas noches al acostarme lloraba mucho; estaba muy sola y en plena adolescencia pensaba que mi vida siempre sería así. Entre tantos pensamientos, también creía que ningún chico me miraría.

Un día la empresa le informó a mi padre que le concedía el traslado que había pedido unos meses antes.

¡Qué alegría tan grande! Viviría en una ciudad y todo cambiaría.

¿Qué se sentiría salir a mirar vidrieras, caminar por las calles asfaltadas, tener amigas? Con tanta ansiedad, todas eran preguntas.

Dos meses después del aviso nos mudamos a la pequeña ciudad, y por tan notable cambio me parecía tocar el cielo con las manos.

Todo lo veía novedoso. La plaza se llenaba de gente los domingos y durante la semana al mediodía, tocaba una sirena para comunicarles a los obreros de las fábricas la hora de almuerzo o la hora de salida.

Me sentía muy bien con ese nuevo mundo.

Por entonces yo era muy tímida y callada, no estaba acostumbrada a relacionarme con las personas y decidí cambiar la forma de ser.

Al lado de casa había una chica de mi edad, nos hicimos amigas y pude conocer a otras con las que entablamos amistad de inmediato, yo tenía sed de compañía. Comencé a tener pequeñas salidas, ya que mis padres eran muy rectos y los permisos se hacían limitados, pero no importaba, algo estaba cambiando y por fin tenía una vida, todo parecía tener un motivo y ya no estaba tan sola.

Una noche salimos a mirar vidrieras en familia, una de las nuevas actividades que disfrutábamos. De repente, observé que un auto pasaba una y otra vez, lo manejaba un chico que miraba de manera insistente, era la primera vez que algo así sucedía y me sentí la chica más linda de todas porque alguien me miraba y admiraba.

Los días siguientes la situación se repitió varias veces frente a casa, al verlo pasar me estallaba el corazón.

Grande fue la sorpresa cuando estacionó su auto y se presentó como “Gustavo”, le contesté que me llamaba Ana y la comunicación comenzó.

Al pasar los días sus visitas se hicieron costumbre, yo esperaba la tardecita para escuchar el ruido del auto y salir a la vereda como si fuese casual, sentía que el sol brillaba más, que los días tenían un sentido nuevo y a los 16 años comencé a soñar y a volar...

Cada vez que lo veía tenía cosquillitas en el estómago.

Los encuentros se hicieron diarios, podíamos estar horas sin darnos cuenta, hasta que un día pasó la mano por mi cintura y luego, el primer beso.

Nuestro noviazgo comenzó, lo presenté a mis padres y fue bien recibido, era muy simpático y algo seductor, se hacía fácil quererlo.

Los primeros dos meses fueron maravillosos. A veces soñaba tanto que dejaba pasar situaciones donde indicaban que algo no estaba bien.

Los momentos que pasábamos junto eran agradables, siempre y cuando yo hiciera lo que él quería, de no ser así, se “descomponía” y caía al suelo como si tuviera un desmayo del que demoraba en reaccionar. Cada una de esas circunstancias me hacían sentir culpable, pensaba que se descomponía porque

no hacía lo que él quería, y el mal momento se acentuaba con los llamados recriminatorios de su madre culpándome de los desmayos y de haberlo alterado.

De ese modo estaba planteada nuestra relación cuando cumplimos un año de novios.

Un día me pidió que fuera a su casa diciendo que los padres me invitaban a cenar, cuando llegué, Gustavo abrió la puerta y al entrar observé que no había nadie. Le pregunté porqué había mentido y, como siempre, con gran verborragia justificó la mentira.

Al comunicarle que regresaba a mi casa comenzó una acalorada discusión. Cada vez se enfurecía más, tanto, que tuve miedo. Su cara se transformó, el rostro quedó completamente colorado y los ojos vidriosos y desorbitados. Esos eran los síntomas que tenía cada vez que se descontrolaba. Traté de irme, pero cerró la puerta con llave y la guardó en el bolsillo de su pantalón, de ese modo fue imposible quitársela y cuando se ponía en ese estado adquiría una fuerza incontrolable.

Entonces comenzaron los gritos y los empujones. Yo creía que era otra de sus crisis, pero al encontrarme sola y encerrada el miedo se transformó en pánico. Después de varios minutos que se hicieron interminables, cayó al suelo “desmayado”, como siempre terminaban sus “descomposturas”.

En un descuido suyo pude tomar el teléfono y comunicarme a casa. Atendió mi hermano quien fue a buscarme de inmediato creyendo que me había pasado algo grave.

Gustavo se vio cercado por la situación, decidió salir del “desmayo” y tuvo que abrir la puerta tras el firme pedido de mi hermano.

Todo se pudo controlar al llegar mi familia y con una catarata de palabras quedó como víctima de una crisis nerviosa. ¿El motivo?.. No lo sé. Nada había ocurrido que justificara esa reacción, simplemente fue uno de sus tantos caprichos ante la negativa de quedarme.

Al regresar a casa pude respirar tranquila, aunque esa tranquilidad duró pocos minutos porque comenzaron los llamados telefónicos de su madre reprochándome el haber alterado al hijo, y no conforme con eso agregó: “Una chica decente no entra en la casa de un hombre cuando está solo.”

Además de haber pasado el peor de los momentos, permití que me tratara como a una prostituta. No sabía defenderme y mis padres me dieron como enseñanza callarme ante las palabras de los mayores.

Otra vez dejaba de ser víctima de esas espantosas situaciones y pasar a ser victimaria.

Culpa + culpa + culpa = culpa.

Esa palabra se estaba haciendo cotidiana, tanto, que terminaba por creerlo.

Aquellos momentos pasaron a ser parte del noviazgo, nadie me alertaba ayudándome a ver lo que no veía, que aquello no era normal, y sin darme cuenta comenzó a ser parte amarga de la relación. La situación se presentaba, ocurría y pasaba.

“Al fin y al cabo todo pasa” –pensaba.

Él era una persona con problemas de nervios. No era tan grave ¿no?

Y yo creía que lo amaba.

Al llegar el verano, respiraba un aire desconocido. Los chicos disfrutaban de las vacaciones y a la tardecita se juntaban en las esquinas para charlar.

Durante el día iban a una pileta que pertenecía a un club donde los fines de semana se reunían también las familias.

Era un lugar muy agradable al que mis padres me permitían ir algunas veces. Aún así yo lo vivía como un gran avance, pileta, música y amigas. Sólo iba con Gustavo que era muy celoso y yo, lejos de molestarme, me sentía halagada.

Una mañana el sol indicaba desde temprano que el día sería digno de disfrutar y como si eso fuera poco ¡era domingo!

Decidimos pasar el día allí. El agua estaba tibia y la música hacía del lugar un paraíso. Algunos niños jugaban mientras los mayores tomaban mate a la sombra de los sauces, sólo se escuchaba la risa de la gente confundándose con la música de fondo.

Nos gustaba estar en la pileta, en un rinconcito, como lo hacen los novios.

Yo no sabía nadar y le tenía un poco de miedo al agua, pero estaba tan feliz que hasta comencé a flotar; me sentía segura, estaba cuidada por la persona que me amaba, nada podría pasar.

Pero tanta seguridad se volvió en contra: al querer nadar, Gustavo me tomó los pies y quedé sumergida en el agua sin poder salir. ¡Me aferró tan fuerte como si hubiera decidido no soltarme nunca más!

Desesperada, trataba de sacar la cabeza fuera del agua sin lograrlo, pues mis pies estaban hacia arriba y sujetos con sus manos, mientras yo tragaba agua y más agua.

Intenté sacarle la malla creyendo que de ese modo me soltaría, pero las pocas fuerzas no me permitían mover los brazos, mientras escuchaba que él reía y reía. Hice un último intento y pude sacar la cabeza fuera del agua dando un desvalido grito. Gustavo se asustó y me soltó, reprochándome enojado el haber gritado.

Pocos minutos después de salir de la pileta, comencé a tener dolores en el estómago tan fuertes que no podía estar en pie.

Gustavo, asustado, decidió llevarme a casa.

Al pasar los minutos, ya en el dormitorio, los dolores se hicieron más intensos; me retorció en la cama sin poder evitar los quejidos. En un momento el dolor se hizo insoportable y al llegar el médico indicó la internación de inmediato.

Tres días con suero y el diagnóstico “insolación”.

¡A quién le explicaría lo sucedido si nadie lo creería! El doctor dijo “insolación” y eso debía ser.

Al salir de la clínica, con las manos cansadas por tres días de suero, siguieron una serie de inyecciones y un gran reto de mis padres por tomar sol a horas tempranas.

¡¿Tomar sol?! ¡¿O tomar agua?!

Pensaba que nadie creería lo sucedido y hasta yo misma me planteé la posibilidad de una insolación, sabiendo perfectamente que la verdadera causa era otra.

Con bellas palabras Gustavo se disculpó, empezando a dominar mi mente a su antojo, diciendo que de contar lo sucedido, no me permitirían ir más a la pileta, convenciéndome de que lo ocurrido había sido por el sol y no por el agua.

Tocó mi lado débil, sabía que ir a la pileta era uno de los recreos favoritos. Una vez más había controlado la situación y yo, inexperta, comencé a ser dominada mentalmente por un amor que había idealizado. No podía o no quería ver que algunas cosas no eran normales.

Cuando me separé, más de veintidós años después de lo sucedido, dí a conocer a mis padres la verdadera historia. Sentí la necesidad de contarlo, pensando que de ese modo entenderían por todas las situaciones que había pasado desde un principio.

Pero era mi historia y tenía que empezar a curar las heridas yo sola, aunque fueran lejanas y profundas.

Así transcurrió el noviazgo, siendo esas situaciones parte de la nueva vida.

Entre discusiones y desmayos todo se transformaba en “normal”.

Ante el sufrimiento algo me mantenía en pié, la gran fe en Dios y creía que con amor todo iba a cambiar. Me preguntaba si lo podía ayudar, ya que en aquellos años pensaba que las crisis eran sólo caprichos de “nene mimado” y que con el tiempo, todo pasaría a ser un mal recuerdo y nada más.

También deseaba tener una familia, hijos, y acompañada de sueños creía que el destino ya estaba escrito, casarme con ese muchacho, el único que me había besado y acariciado por primera vez.

No era conciente de que las situaciones se tornaban cada vez más graves y que el día que firmara el acta de matrimonio, estaría firmando mi propia sentencia.

Aun así, una noche después de una discusión le pedí tomar distancia, aunque no sabía cómo serían los días sin él, cuando se lo propuse dijo: “¡Si me dejas, me mato!”

Esas palabras me asustaron, se lo veía muy decidido (como siempre) y por miedo a que hiciera realidad su amenaza, seguí adelante.

Hoy sé que el mínimo dolor le causa miedo o pánico, pero en ese momento no supe qué hacer. Imaginaba el hecho y con sólo pensarlo no pude romper esa relación que me estaba haciendo tanto daño.

Se calmó durante un tiempo y parecía que estaba cambiando, sus enojos menguaron y yo volví a sentirme bien a su lado.

Todo encajaba, un buen chico, querido por mis padres, a los que con su carisma ya los había hecho parte de su vida y yo, convencida de que estaba totalmente enamorada.

No ocurría lo mismo con mi futura suegra, quien me veía como a una enemiga, para ella, yo había entrado en la vida del hijo y creyó que le robaría su amor para siempre. Comenzó a competir conmigo; como si fuera la rival, debía escuchar los continuos reproches que constantemente daban a entender que le estaba quitando a su hijo.

Hoy me doy cuenta del amor enfermizo que ambos se tenían, tanto, que no daba lugar a ningún otro sentimiento, a tal punto que la madre avalaba los

caprichos y desmayos como ciertos, sabiendo perfectamente que todo era una gran puesta en escena, creyendo de ese modo, que el desmedido amor que sentía por él estaba a salvo.

Enferma la madre y enfermo el hijo, hoy lo comprendo.

A los tres años de noviazgo tuve que enfrentarme a una nueva situación: la de ser madre.

Tenía 19 años y pese a las circunstancias, era la mujer más feliz y completa del mundo, sin pensar en que, definitivamente, para ella yo sería la mujer que le robó a su hijo y nada podría hacer.

La noticia no fue bien recibida por su familia, y a mi corta edad no era conciente de la realidad, sólo pensaba en que sería mamá.

Llegó la semana del casamiento con todos los preparativos para una gran fiesta, sus padres eran de familia conocida y el festejo debía ser con todos los honores. Vestido blanco, fiesta, música, importantes personas invitadas, grandes regalos y del embarazo no se debía hablar. ¡Qué pensaría la familia!

La última semana su madre decidió que Gustavo y yo no nos viéramos, porque según ella a él le daban crisis pre matrimoniales. Todo se debía tapar, es lo que hacen las personas de renombre en las pequeñas ciudades ¿no?

El día de la boda todo salió perfecto. Luego, la luna de miel en las sierras.

En realidad, yo hacía lo que los demás habían previsto. La fiesta y el viaje lo pagaron los padres de Gustavo, motivo por el que sólo tuve acceso a elegir el vestido.

Los primeros tres días de luna de miel fueron hermosos, como lo había soñado. Alquilamos una casita como él quería en un lugar céntrico y de un día para otro ya era esposa, ama de casa y casi mamá.

Al día siguiente mi flamante esposo comenzó a extrañar a su madre; sólo pensaba en llamar por teléfono a la casa para hablar con ella con la excusa de saber sobre el negocio donde trabajaba con el padre, una agencia de autos que les permitía un buen pasar económico.

Al cuarto día, llegando el anochecer, Gustavo puso en práctica “la gran mentira”. Comentó haber escuchado ruidos en la puerta, como si alguien estuviera allí. Ante tal situación, le pedí que cerrara todo con llave. Él debía crear miedo, así que siguió actuando.

Dijo que al cerrar la puerta había un hombre detrás queriendo entrar. Y consiguió sembrar el pánico en mí.

De inmediato, acomodamos las valijas, las llevamos al auto y partimos con rumbo desconocido, escapando del supuesto intruso que quería robarnos.

Decidimos pasar la noche en un hotel y a la mañana siguiente fuimos a la inmobiliaria a devolver la llave de la casa, le comenté a quien la recibió que debíamos regresar por problemas familiares.

¿Por qué no le contaste la verdad? -le pregunté- y con un montón de palabras dijo que, de decir la verdad seguramente no le creerían, y partimos de regreso a nuestro nuevo hogar que sería, por el momento, la casa de sus padres.

Llegamos al atardecer. Gustavo se veía muy complacido por el reencuentro con la madre después de cinco larguísimos días lejos de su afecto.

Por supuesto, me pidió que no dijera nada de lo sucedido, según él, para no preocupar a la familia; yo agradecí a Dios porque aquel hombre no había logrado su propósito y también decidí olvidar el hecho como lo había pedido.

Pensaba que al fin y al cabo sólo se trató de un susto y nada malo había ocurrido.

Hoy sé que ese “supuesto” ladrón, nunca existió.

Y comencé mi vida de casada. La primera semana fue estable y llevadera.

Una mañana al levantarme, tuve deseos de comer ciruelas. No acostumbraba a consumir frutas, aunque aquel día sentí esa necesidad y, como estaba embarazada, no quería negarle a mi bebé ese deseo. Con caricias en la panza fui al almacén de un amigo a una cuadra de mi nuevo “hogar” previo aviso de que no demoraría más de quince minutos.

Tuve que esperar un corto tiempo para ser atendida, otras amas de casa también esperaban.

Al llegar mi turno saludé a mi amigo y a su esposa, recibí las felicitaciones por el casamiento y comenzamos una pequeña charla sobre la nueva vida. Eso hizo que inevitablemente demorara algunos minutos más. Con una gran sonrisa salí del lugar concretando así uno de los nuevos quehaceres. ¡Hacer las compras!

Grande fue la sorpresa cuando al entrar a casa fui recibida con un reto de mi suegra preguntándome de muy mal modo: ¿¡Dónde estabas!?

Sin entender demasiado entré a la cocina y vi a Gustavo con otra de sus crisis, tirado en el suelo desmayado y su familia tratando de hacerlo reaccionar.

De inmediato creí que había cometido un “error” al demorar veinte minutos cuando dije que regresaría en quince. ¿No medí las consecuencias? ¿Tan grave fue demorar cinco minutos más?

La situación se tornó caótica, todos me miraban de mal modo por lo sucedido, Gustavo y la madre tardaron varios días en volver a hablarme. Eso estalló en una gran discusión en nuestra pareja en la que por supuesto, la mamá hizo quedar a su hijo como una víctima de lo ocurrido, mientras yo sentí una gran culpa por haber originado aquella situación... nada más que por querer comer ciruelas!

Así comenzó otra más de las pesadillas, pero algo era diferente, estaba casada y de eso ya no podía volver atrás.

Las amenazas de mi suegra eran casi diarias: “Si Gustavo se descompone, vos vas a tener la culpa”.

Los problemas comenzaron y no tuvieron fin, pero con un agregado muy importante, comenzarían también los golpes.

Un día, después de una discusión con la infaltable compañía de la violencia, mi suegra agregó: “Si Gustavo te pega cuando no haces lo que te dice, aguántatelas nena”.

Esas palabras quedarían grabadas en mi mente por siempre, ella era mujer y madre. ¿Cómo permitiría algo así? ¿Ni siquiera tenía en cuenta que estaba embarazada?

La bronca me invadió a tal punto que le conté a mi esposo.

¡¡ Qué grave error!!

Fue el puntapié inicial para que se sintiera total y absolutamente avalado por la madre.

Desde entonces todo fue discusión, crisis y golpes.

A esos momentos los sobrellevaba sola, pensaba que era lo que me tocaba vivir, recordando las palabras de mi madre: “Cada matrimonio debe arreglar sus problemas”. Entonces creí que lo mejor sería no contar nada y tratar de solucionarlo como pudiera.

Por supuesto que sola no podría, pero como me habían enseñado, se trataba de mi matrimonio y debía aprender. ¿Aprender qué?

Cada vez que pasaba por aquellos malos momentos, acariciaba la panza y trataba de explicarle a mi bebé que no se preocupara por nada, pronto todo cambiaría. ¡Pobre angelito! ¡Las angustias que tuvo que pasar a través mío antes de nacer!

Recién casada, con 19 años, casi una niña, comencé a ser una persona triste. Lo penoso era que no me daba cuenta, pensaba, por los discursos que hacía después de cada crisis que todo iba a cambiar si ponía algo de mí parte y no lo alteraba, sólo se trataba de tiempo. Según sus promesas en breve todo cambiaría. Si yo hacía lo que pedía evitaría aquellos malos momentos y el abuso de sus fuerzas.

Era muy inteligente, por lo general, me tomaba de los brazos y los retorció de tal manera que el dolor duraba varios días, o me tiraba los cabellos tan fuerte que a veces parecía que esos grandes mechones quedarían sueltos en sus manos, de ese modo no dejaba demasiadas marcas pero sí, mucho dolor.

Después de cada mal momento, su madre le daba un calmante que lo hacía dormir hasta el día siguiente.

Crisis, golpes y hacerme sentir culpable de sus actos, complementaban la fórmula perfecta para adueñarse de mi vida a través de la culpa.

Mi panza crecía y el tiempo se hacía eterno; trataba de imaginar la carita del bebé.

Y llegó el día ¡El gran día! Al fin la fecha se cumplió y estaba por nacer. Al atardecer, el médico decidió internarme. Toda una noche esperando su llegada junto a mi madre, que se quedó a cuidarme mientras Gustavo esperaba cómodamente en la casa de sus padres, a la mañana muy temprano regresó a la clínica y las contracciones comenzaron. Me desgarré en el parto, pero al tenerla entre los brazos me olvidé del mundo. Ya no estaba sola, esa pequeña sería mía para siempre.

A las ocho de la mañana ya era mamá de una niña y trataba de amamantarla. Dos horas después de haber nacido, Gustavo dijo que se iba a descansar, yo no dejaba de mirar a ese angelito, tan chiquita y ya era dueña de mi vida, viviría por y para ella, sería la razón de existir.

Promediando el mediodía, mi esposo regresó con la madre diciendo que nuestra hija ya estaba anotada, se llamaría Tatiana y sólo tendría el apellido de él.

No supe qué contestarle, deseaba que también llevara el mío, pero en aquel momento no lo vi demasiado grave, estaba tan feliz que nada importaba, daba gracias a Dios porque mi hija era hermosa y sanita.

Pasaron los meses y Tatiana se transformó en la alegría de todos. Primera hija, sobrina, nieta y bisnieta, todos los mimos le pertenecían.

Gustavo no era muy cariñoso con ella, aunque la amaba. Las “crisis nerviosas” empeoraban, según su madre porque no estaba preparado para ser padre.

En cada discusión, acompañada la mayoría de las veces de los infaltables desmayos, decía que si quería podía irme, pero que Tatiana tenía sólo su apellido y jamás se la podría quitar.

Entonces me di cuenta de la mala intención de aquel día, no se había ido a descansar como dijo, había ido al Registro Civil acompañado de la madre para anotarla solamente con su apellido. ¡Cómo si eso bastara para sólo pertenecerle a él!

Acostumbraban a tomar decisiones entre los dos, sin importarles que yo también tenía derecho a decidir.

Aunque sabía que el no tener mi apellido no era motivo para quitármela, pensaba que si por alguna razón me alejaban de ella, moriría, y decidí soportar lo que fuera con tal de no perderla.

Gustavo sumaba un aliado más, la culpa primero, el miedo después, la combinación justa para hacer conmigo lo que quisiera. Era muy convincente y sabía cómo hacerme creer lo increíble.

Yo deseaba con premura bautizarla. Se determinó el día y lo festejamos con los familiares. El padrino fue mi hermano y a la madrina la eligió Gustavo con la madre, una prima de buen nivel adquisitivo, pues sólo pensaban en los buenos regalos que le harían.

El día anterior al bautismo Gustavo tuvo un gran enojo conmigo. No recuerdo el motivo, pero siempre antes de un evento se ponía nervioso hasta originar una discusión. No faltaron los golpes, pero esa vez, además de marcarme el cuerpo también marcó mi cara dejándome completamente morado el ojo izquierdo.

Al día siguiente fue el bautismo. Traté de tapar el rastro de los golpes con mucho maquillaje en los ojos. Luego fuimos a almorzar a un restaurante; Tatiana pasaba de brazo en brazo entre mimos, besos y caricias. Gustavo se mostró muy tranquilo y su actitud hizo que la reunión fuera agradable.

Yo visitaba a mis padres casi a diario, vivían a dos cuadras de casa y por las tardes llevaba a Tatiana para visitar a los abuelos. Mates de por medio, hablábamos de lo lindo que había estado el festejo y lo bien que se había portado mi hija, cuando todo parecía una conversación como tantas, mi madre, a modo de reto dijo: “¡Fuiste con un ojo negro, te crees que no me dí cuenta!”

Quedé paralizada sin poderle contestar. Por su alterada forma de hablar sentí esas palabras como un reclamo. Tras un saludo regresé a casa sintiendo que estaba sola y no contaría con la ayuda de nadie.

Para entonces, ya estaba resignada a lo que vivía. Lo más importante era estar con mi hija.

Los tres primeros años vivimos con mis suegros, tiempo en el que se tardó en construir un departamento en la vereda de enfrente. ¡Cerca de su madre, claro!

Mientras esperaba tener un lugar propio, tuve que hacer algunos cambios, no podía usar pantalones ajustados o ropas cortas porque mi suegra decía que, habiendo dos hombres en la casa (su marido y su otro hijo) no quedaba bien.

Tatiana tenía tres años cuando nos mudamos a nuestro hogar. Por fin sería dueña de mis actos, costumbres y mi pequeña familia. Ya su madre no podría escuchar tras la puerta del dormitorio cuando nos fuéramos a dormir, algo que me incomodaba sobremanera pero nada podía hacer, ya que siempre me recordaba que esa, no era mi casa.

Nuevamente creí que todo cambiaría al vivir solos y comenzaríamos una nueva vida, decidiría sobre nuestra hija, que por tener tan sólo tres añitos tenía todos los caprichos de una niña que crece entre gente grande. También organizaría horarios y todo lo que hace un ama de casa tratando de llevar la familia adelante.

Gustavo al principio parecía estar contento. Se levantaba, iba a saludar a la madre y traía el pan y la leche que el padre compraba muy temprano, ellos administraban el dinero argumentando que nosotros gastaríamos más de lo debido.

¿Era esa una manera de tener el control?

Yo no le daba demasiada importancia en aquel momento, pensaba que vivía sola y después de tantos sufrimientos, lo sentía como un alivio. Con el paso del tiempo lo fui incorporando a la vida cotidiana. No sólo se trataba del pan y la leche, sino también de los alimentos diarios, una forma de manipulación que se prolongó durante siete años más.

La convivencia transcurría entre continuas peleas; a veces parecía que Gustavo extrañaba la presencia de la madre porque ya no lo podía apañar y justificar como antes. Él seguía con las crisis y desmayos; si no había motivos de discusión los generaba con cualquier excusa.

Yo comencé a no soportar más y sin darme cuenta o llevada por las circunstancias, a modo de defensa empecé a devolver los golpes.

Por lo general las discusiones terminaban en la parte superior de la casa donde estaban los dormitorios y el baño.

Gustavo tenía mucha fuerza en los brazos; rodeaba mi cintura sujetándome las manos en la espalda, así me llevaba al filo de la escalera hasta que los pies quedaban en el aire amenazando tirarme. Con desesperación, me aferraba a las paredes, a veces sentía clavar los dedos en ellas, no sabía si lo hacía para asustarme o si realmente lo haría, como podía, trataba de llegar al baño para encerrarme hasta que él se calmara.

Hoy pienso que sin llegar a tirarme nunca por las escaleras, cada uno de sus amagues eran una caída certera en mi mente, el sólo pensar que lo podría hacer era en realidad, como si lo concretara, ya que en el intento yo me imaginaba tirada con el cuerpo y la cara destrozada.

¿Lo haría para asustarme o realmente tendría la intención de hacerlo?

Nuestra convivencia se convirtió en una verdadera batalla campal y yo terminaba aún más lastimada. Me defendía como podía.

Luego de cada pelea iba a mostrarle a la madre las marcas que yo le había hecho. Ya no había límites y era golpe por golpe mientras tenía fuerzas para defenderme.

Al terminar cada discusión, él lloraba pidiendo perdón, jurándome que jamás volvería a pegarme, que antes se cortaría las manos, masajear mis brazos doloridos por la fuerza que debía hacer para sostenerme mientras decía que de no haberlo contrariado, nada hubiera ocurrido.

Me conmovía cada vez que lo veía llorar, pensaba que era sincero, nadie llora porque sí, y creía firmemente que cumpliría con su palabra de no volver a levantarme la mano, algo que nunca sucedió.

Era muy hábil para hacerme creer lo que quería. Por lo general, las discusiones se originaban cada vez que le descubría una mentira o dudaba de su palabra. Eso lo enloquecía, no soportaba ser descubierto y de un modo u otro me hacía ver que estaba equivocada.

Llantos, caricias y algún regalo cambiaban los sentimientos, me sentía querida después de lo sucedido, ya que él se ponía muy mal al ver que mi cuerpo quedaba marcado y tan dolorido.

Hoy me pregunto: ¿Era sincero en sus palabras o tenía doble personalidad?

Todos aquellos conflictos los mantenía en silencio, a la vista de todo el mundo él era una persona muy amable y simpática, tenía un carácter agradable con todos, de la puerta para afuera era todo un señor, con un carisma especial y seductor.

¿Quién me creería si contaba que conmigo su verdadera personalidad era otra?

Una de las tantas veces que se disgustó conmigo, no recuerdo el motivo pero sí el desenlace, estuvo todo el día enojado y sin hablarme. Llegada la noche, tomó a Tatiana en sus brazos y comenzó a agredirme diciéndole a mi hija frases tan horribles como:

“¡Desde este momento no le vamos a hablar más!”

“¡Vamos a ir a buscar un fierro para pegarle a mamá!”

“¡Le vamos a pegar en la cabeza entre los dos!”

Le pedí que me diera a Tatiana porque la veía muy asustada, su tono de voz era cada vez más fuerte y descontrolado; yo tenía miedo de que le hiciera mal, pero no quiso dármele y se la llevó a dormir a nuestro dormitorio cerrando la puerta.

Ambos se durmieron y tuve que pasar la noche en la habitación de Tatiana para que él se calmara y mi hija no se asustara más de lo que ya estaba.

Dada la tensión que tuve durante todo el día y más aún en la noche, me sentía muy mal, pensé que era la presión baja y no tenía ningún medicamento. Entonces decidí tomar un café dulce con un poco de whisky y puse media medida en la taza a pesar de que no tomaba bebidas alcohólicas.

Después de beber la infusión, subí despacio la escalera para que no se despertaran, lo único que recuerdo es que abrí la puerta del dormitorio de Tatiana y nada más. Caí desmayada en el piso frío y la presión bajó aún más. Había perdido el conocimiento y lo que ocurrió después, me lo contaron.

Gustavo escuchó unos quejidos, se levantó y vio que yo estaba tirada y envuelta en vómito, se asustó y pidió urgente ayuda a la madre. Llamaron al médico que concurrió de inmediato. Dicen que sólo pregunté: “¿Dónde está Tatiana?”

Al contestarme que estaba bien pude tranquilizarme. Nunca recordé que había preguntado por ella, pero aún en ese estado inconciente, era lo único que me importaba.

Al abrir los ojos, después de varias horas, estaba en una clínica con suero, arropada con muchas frazadas y varias bolsas de agua caliente alrededor del cuerpo.

El médico dijo que había salvado la vida por diez minutos, ya que la presión descendía y cuando Gustavo me encontró estaba fría y sin color en el rostro.

Él sabía que tenía que ver con lo sucedido y para salir de la situación, dijo ¡que yo había intentado suicidarme! Y la madre, como siempre, avaló tan absurdo argumento.

Su padre, único coherente, sabía que no tomaba alcohol y dijo que eso era imposible, de haber bebido una gran cantidad, no habría podido tolerarlo.

El parte médico fue “un shock nervioso” pero Gustavo insistió que había querido suicidarme, bajeza que algunos lamentablemente creyeron.

Al darme el alta fui a casa de mis padres para recibir los cuidados necesarios. Me costaba mantenerme en pie, caminaba muy lento, como si cada vez que quisiera avanzar me empujaran hacia atrás. Según el médico era hasta que la presión se estabilizara.

Dos días después Gustavo trajo a Tatiana para que estuviera un ratito conmigo.

Era una niña tranquila, pero quiso llamar la atención. Se subió a una maceta de no más de quince centímetros para tocar el timbre, resbaló y cayó muy despacio, pegó con su manito en el filo del umbral de la puerta y, siendo tan chiquita, se quebró la muñeca.

En ese momento perdí el control, la llevamos al médico y le pusieron un yeso en toda la mano hasta arriba del codo.

Mi esposo y la madre trataron de culparme diciendo que no había cuidado correctamente a Tatiana, pero esa vez mi madre dejó aclarado que había sido accidental.

Yo cuidaba sobremanera a Tatiana, siempre tenía mucho miedo de que le pasara algo, ya que Gustavo y la madre me presionaban culpándome de la mínima cosa que le ocurriera, y el cuidado desmedido que tenía con ella era, en realidad, miedo a lo que dirían si algo le sucedía.

Tatiana crecía en apariencia, feliz. Al cumplir cuatro añitos comenzaría el jardín. Por mi concepto religioso quise que fuera a un colegio de monjas y que la base de su vida fuera con los principios del amor, aunque en casa se viviera diferente.

Me ocupé de todos los preparativos para el primer día: uniforme, bolsita con útiles y guardapolvo bordado con su nombre. Era una princesita.

La primera semana en el colegio no me despegué de ella, estaba todo el tiempo afuera de la salita haciéndome ver cada tanto como diciéndole: “Acá está mamá”.

¿Cómo alejarme de ella siendo tan chiquita? Por su corta edad sufrió mucho el desapego, era una niña con todos los mimos y en el aula ya no todo sería para ella, tendría que comenzar a compartir el cariño de la “Seño”.

La mayoría de los niños tenían hermanitos, algo que ella también comenzó a desear. Todos los días pedía uno como sus compañeritos y preguntaba dónde lo podríamos comprar. Yo también deseaba ser mamá nuevamente y decidimos formar una familia de cuatro.

Tatiana comunicó a todos la buena noticia. ¡Era lo que más anhelaba!

El embarazo transcurrió normalmente hasta los seis meses. En adelante, comencé a tener contracciones. La panza crecía siendo mimada por Tatiana y por mí, cada patadita tenía una caricia de las dos, no dejábamos de disfrutar la maravilla de sus movimientos.

No por estar embarazada Gustavo se privaba de golpearme, pero en ese estado no me podía defender, antes prefería abrazar mi panza para protegerla.

Por sugerencia de la madre, él comenzó un tratamiento con una psicóloga que lo derivó también a un psiquiatra, por lo que fue medicado de día y de noche.

Todas las semanas debía asistir a una sesión con cada uno pero, al parecer, no era una solución.

Cada vez que tenía una crisis la madre culpaba a los medicamentos; como de costumbre, la culpa siempre la tenían los demás, una manera de salir airoso de cada situación.

Algunas cosas empeoraron, ya sus caprichos no tenían límites. Hacía todo lo que quería asegurando que los terapeutas decían que en la vida había que hacer lo que uno deseara para ser feliz. Aunque yo nunca creí esa sugerencia.

¿Le contaría a la psicóloga y al psiquiatra que me golpeaba?

Mientras tanto, el embarazo continuaba con varias contracciones diarias. Comencé a sentir miedo por la salud del bebé, pensaba que tantos disgustos y golpes llegarían a tener alguna consecuencia, aunque todos los estudios médicos daban bien y en aquel tiempo no se hacían ecografías.

Pese a los miedos yo esperaba con felicidad lo que Dios mandara, nena o nene daba igual, pero él quería un varón y así debía ser. Estaba acostumbrado a exigir que sus caprichos siempre se concretaran.

En aquel momento Gustavo decidió enseñar fútbol a un grupo de mujeres. Entre ellas, había una chica que vivía frente de casa con quien desde hacía un tiempo cruzaban miradas y en los entrenamientos entablaron una relación más que amistosa. Indudablemente su nueva actividad era, en realidad, una excusa para acercarse a ella. Siempre fue un buen estratega.

Si bien me daba cuenta de lo que sucedía no podía probarlo, la madre se encargaba de encubrirlo, así que yo no podía hacer nada. Las contracciones no me permitían caminar demasiado y si andaba en auto, sólo podía hacerlo a modo de paseo, era imposible controlar la situación.

Llegó el día del parto con fuertes dolores, mientras Gustavo se preparaba para sus infaltables clases de fútbol. Al comunicarle las molestias, preguntó si estaba segura de ser el momento del parto porque no estaba dispuesto a faltar a una de sus clases por una equivocación mía.

Las contracciones se manifestaron más fuertes y seguidas, lo que lo obligó a quedarse de muy mala gana.

Me llevó a la clínica y tuve un parto difícil. Al igual que con Tatiana, me desgarré y debieron hacerme varios puntos.

Nació una niña tan hermosa como su hermanita; para mí, las dos bebas más lindas del mundo. Siendo las 23 horas la tenía en mis brazos tratando de amamantarla. Yo estaba muy dolorida y cansada, el parto había demorado varias horas y ya no tenía fuerzas.

Gustavo dijo que se iba a descansar. ¡Cómo si el parto lo hubiese tenido él!

Quedé con mi madre que había asistido a la sala de cirugía sin privarse del maravilloso milagro del nacimiento de su nieta, al igual que en el de Tatiana.

A la mañana siguiente, domingo al mediodía, Gustavo llegó recién levantado, no se quedó más de cinco minutos diciendo que tenía muchas cosas que hacer y no volvería hasta la noche.

¿Qué sería más importante que su hija un día domingo?-pensé.

Pero esa vez no mintió, regresó a la noche, me saludó, miró a la beba de lejos y se fue, como una simple visita de amigo.

Entre desgarró y puntos casi podía moverme, motivo por el que, al salir de la clínica debí ir a la casa de mis padres para recibir los cuidados correspondientes. Pero Gustavo no fue a vernos hasta dos días después. Cuando llegó, dijo que no quería una nena y que deseaba un varón. Casi no miró a la niña y nuevamente se fue sin siquiera saludarnos.

Al día siguiente, por la trascendencia de los hechos que ya no pudieron tapar con la madre, recibí una de las peores noticias con la que además, se descubriría la otra razón de sus ausencias.

Nos había dejado solas en la clínica y en la casa de mis padres por estar compartiendo desde hacía un tiempo encuentros amorosos con la vecina con la excusa de enseñarle fútbol.

Había descuidado a su propia hija por estar con “su amante.” Ella tenía novio, un buen muchacho que la amaba demasiado, y al comprobar que lo engañaba, no pudo soportar el dolor y con tan solo veinte años tomó la triste decisión de suicidarse con un tiro en la boca. Por tan desgraciada situación, la verdad se descubrió inevitablemente.

Yo no sabía si sentirme la mujer más feliz del mundo por tener dos hermosas hijas o la mujer más infeliz porque mi esposo me había traicionado cuando más lo necesitaba.

Días después, al sentirme mejor, regresé a mi hogar. Nuestra relación era muy tensa, casi no nos hablábamos; aun así decidimos bautizar a nuestra hija a quien le pusimos de nombre Melani.

Al cumplir un mes de vida, celebramos su bautismo con un almuerzo en un restaurante, al igual que en el de Tatiana, que no se alejaba de su hermanita ni un instante.

Al regresar a casa sentí que todo me superaba. Nuevamente juró amarnos a las tres, dijo que aquella aventura había sido un error, y estaba dispuesto a todo con tal de no perdernos porque sin nosotras, moriría.

En el transcurso de la conversación le dije a Gustavo que sabía perfectamente que los desmayos eran fingidos para salir airoso de cualquier situación y que desde ese momento no permitiría más una de sus crisis nerviosas apañadas por la madre. No pudo discutir nada, se había quedado sin palabras para su defensa y “milagrosamente” después de ocho años de sostener semejante mentira ¡Nunca más se volvió a desmayar!

También dejó de asistir a la psicóloga y al psiquiatra.

Indudablemente ellos, tampoco pudieron con él.

Aquella gran desilusión me rompió el corazón. Ya no podía creer en él y sentí que no lo amaba. Había sido traicionada y no podía perdonarlo.

Lo primero que pensé fue en divorciarme, no quería estar al lado de una persona en la que no volvería a confiar jamás.

Toda la familia se revolucionó, sólo encontré palabras de contención y un sutil aliento para que siguiera adelante. Tenía a Tatiana de seis años y a Melani, recién nacida. La situación no iba a ser fácil si decidía irme pero tampoco, si decidía quedarme.

Muy a mi pesar traté de reconstruir nuestro matrimonio, pero él ya no tenía excusas coherentes para las salidas.

Fue entonces cuando empezó a frecuentar un partido político y encontró la excusa perfecta para regresar a altas horas de la madrugada. Yo me quedaba en casa cuidando de las niñas y eso le aseguraba no ser descubierto.

Mis hijas eran lo más preciado que tenía, siempre estaba en el colegio participando de todas las actividades porque además de disfrutarlas, quería que tuvieran los más hermosos recuerdos de su niñez cuando fueran grandes.

Sus cumpleaños se los festejaba invitando a muchos amiguitos. No faltaban los globos, las piñatas y las tan esperadas sorpresitas.

Deseaba que fueran otros de sus más preciados momentos y todo quedaba registrado en una gran cantidad de fotografías.

Trataba de mostrarme feliz ante Tatiana y Melani ¡Aunque ellas eran la felicidad! y crecían con todo lo que podía darles como mamá, lejos de los problemas cotidianos y con una realidad dibujada, pues los hijos deben disfrutar su niñez.

Hoy sé que el desmedido amor por ellas era una manera de llenar el vacío que tenía como mujer y por eso eran mi razón de vivir, al grito de “Mamá” siempre estaba presente.

A pesar de la difícil relación trataba de ayudar a Gustavo en el negocio y a veces lo acompañaba en algunos de los viajes por negocios por miedo a que se durmiera.

Todo el tiempo pensaba en mis hijas, mi marido, mi hogar... Nunca en mí.

Creía que para tener una familia debía ser madre perfecta, esposa perfecta, ama de casa perfecta, pero no me dí cuenta de que tenía una vida, y pensar en mí también era normal.

En conclusión, trataba de hacer siempre lo mejor para los demás.

Me fui olvidando que también existía y algo tan importante como eso, siempre estaba en último lugar; tanto para mí como para los que me rodeaban.

Seguía siendo una persona triste, por las noches escribía poemas donde plasmaba el dolor, ya que nadie me escuchaba, todos estaban inmersos en su propia vida.

Una noche de tantas escribí un poema que guardé, porque por lo general cuando terminaba de escribir, los rompía.

CUANDO

Una hoja blanca espera
que escriba mis pensamientos,
pero son tan inexplicables
como es inexplicable el miedo.
Ese miedo que se tiene
cuando uno se siente vacío,
cuando no hay respuestas
cuando sobran los motivos.
Cuando se quiere empezar de nuevo
y no se encuentra el camino.
Cuando se tiene miedo
de que todo siga igual,
porque siempre hay alguien
que no me deja cambiar.
Cuando se tiene miedo
que luego sea tarde
y la vida así se vaya
siendo yo, la única culpable.

Veía que la vida se iba con toda la tristeza, cambiarle el rumbo me daba miedo y de no hacerlo seguiría vacía y sería la única responsable.

Sentía culpa hasta en los propios poemas, ni siquiera en ellos podía soñar.

Me habían robado los sueños y las ganas de poderlos encontrar.

Pasaron algunos años y ya no dependíamos de mis suegros. Gustavo comenzó a tomar decisiones en la inmobiliaria en la que trabajaba con su padre, los fines de semana viajaba a las ciudades vecinas para ver nuevos clientes, chequera en mano, tarjeta de crédito y todo el dinero que tuviera, decía que deseaba hacer mayores ventas para tener un futuro mejor.

Yo quedaba en casa y sin dinero; el almacenero de la cuadra nos fiaba, algo que me hacía sentir muy mal, pero no tenía otra salida, mis hijas y yo debíamos comer.

Gustavo siempre regresaba muy cansado, sin haber hecho ninguna venta y sin dinero, volvía de mal humor comentándome lo sacrificada que era su vida por no tener descanso ni siquiera los fines de semana.

No sólo se iba para disfrutar de la vida con diferentes acompañantes, también escapaba de sus acreedores; al ser tan hábil con las palabras siempre estafaba a alguien.

Un fin de semana cómo tantos otros, salió de casa con una pequeña muda de ropa sin decir a dónde iba. Supuestamente no faltaría más que dos días y por ser un viaje corto se fue sin dejar dinero, como era su costumbre.

Pasaron varios días y no regresaba. La madre sabía dónde se encontraba, pues se hablaban por teléfono a diario, pero para entonces la relación entre nosotras estaba rota y prefirió guardarle el secreto a su hijo.

El enojo fue tanto que decidí separarme, esa era la última gota, sólo faltaba que regresara para dárselo a conocer.

Me reuní con unas buenas amigas y por primera vez pedí ayuda, tuve el apoyo de todas y sentí más seguridad.

Gustavo regresó a la semana. Con gran enojo le comuniqué la decisión y obtuve como respuesta una gran sorpresa. Dijo que no estaba dispuesto a perder nuestro matrimonio o lo que quedaba de él, que su viaje tenía un buen motivo, ir a las sierras en busca de un nuevo hogar para los cuatro y pidió reconstruir la familia lejos de allí.

Mientras hablaba, noté que un lado de su cara estaba lastimada, como si hubiese tenido un gran golpe, aunque no quiso contar que había sucedido.

Con el tiempo supe que un acreedor no toleró más sus mentiras dándole una golpiza, con el agravante de haber sido amenazado a punta de revólver.

El día siguiente, domingo, fui a misa como de costumbre, recé y le pedí a Dios que me guiara para hacer lo correcto. Al regresar, me esperaba con una sonrisa y decidí aceptar la propuesta con sus palabras llenas de esperanza. Miraba a mis hijas y lo que más quería era que crecieran en una familia constituida y no sufrieran la separación de los padres.

Creí una buena oportunidad intentarlo lejos de todos, sin darme cuenta de que adonde fuera llevaría mi mochila a cuesta.

Días después, los cuatro estábamos camino a las sierras para comenzar una nueva vida. Cargamos en nuestra camioneta todo lo que pudimos y a pedido de Gustavo, salimos de noche para que las nenas durmieran y él pudiera manejar tranquilo, pero antes me mandó a pedir dinero prestado a un amigo.

Todo estaba tan mal económicamente que ni siquiera teníamos dinero para comprar combustible.

Con la ilusión en que todo cambiaría partimos hacia las sierras, pensaba que quizás lograríamos por fin ser una familia, como si diéramos una vuelta de página.

A la madrugada llegamos a destino con la compañía de redondos copos de nieve. Era fines de junio y el invierno se hacía presente con toda crudeza.

Al llegar nos esperaba la casa donde comenzaríamos nuestra nueva vida, con varias habitaciones, muy amplia, confortable y demasiado grande para calefaccionar.

Frío en la casa y frío en el alma. Así lo definí cuando al entrar me di cuenta que lo había dejado todo: mis muebles, mis amigas, vínculo de contención, mis cosas... todo.

Sólo deseaba haber hecho lo correcto. Por un instante pensé que otra vez había sido seducida por sus palabras, pero ya estaba allí y debía seguir, jugándome la última carta para reconstruir la familia.

También Tatiana y Melani, con 15 y 10 años habían dejado el colegio, las amigas y sus vidas ya encaminadas.

Debían comenzar las clases y allí se hacía muy difícil encontrar un colegio en esa época del año; sólo había institutos privados y era un gasto difícil de afrontar, aún así decidimos inscribirlas, después se vería.

El dinero prestado se terminaba y Gustavo no se había preocupado en buscar un trabajo. Quizás no pensó en ese “pequeño detalle.”

Todo se complicaba, el dinero definitivamente se terminaba, también la comida, el gas... todo.

Una noche, mientras las niñas dormían Gustavo comenzó a apagar todas las luces, me pidió que no hiciera ningún ruido y cerró todas las ventanas.

Un auto había estacionado frente a la casa. Entró en pánico y logró que yo también tuviera miedo, no sabía de qué, pero su modo de actuar me asustó. Después de una hora, cuando el auto partió, respiró tranquilo, volvió a encender las luces y sin palabra alguna comencé a entender lo que sucedía.

No era el matrimonio lo que quería reconstruir. ¡Estaba escapando de la ciudad por las estafas que había cometido a varios clientes! Por eso, cuando vio ese auto detenido en la puerta pensó que era “alguien” que lo estaba buscando. Sólo se trataba de un vecino que luego se fue.

Toda la angustia cayó sobre mí. Había cometido nuevamente el error de creer en él. Además de mentiroso era un cobarde que no se atrevió a afrontar las situaciones que generó y arrastró a su propia familia a una vida incierta.

Lo sucedido generó una discusión y como de costumbre intentó levantarme la mano. Esa vez no se lo permití y me atreví a amenazarlo. Le dejé en claro que allí estábamos los dos solos y si me pegaba lo denunciaría; él no conocía a nadie, especialmente del Ente Policial y no tendría a quien recurrir. Por mi amenaza y el miedo que le producía la policía se controló; quizás vio que estaba decidida y ante la duda de concretar lo dicho se contuvo de hacerme daño.

Fue otra vez vivir lo mismo que antes, la gente a la que le debía dinero o había estafado en manejos comerciales ya lo habían ubicado y como siempre cuando lo buscaban, mandaba a alguna de las niñas o a mí con la famosa frase: “No estoy para nadie”.

Ya ninguna quería abrir la puerta ni atender el teléfono, quien lo hiciera tenía que aguantarse una cantidad de palabras no buenas de recordar.

Una tarde, mientras trataba de encender el hogar (con leña que salíamos a juntar porque no había dinero para comprar) mis hijas miraban televisión muy entretenidas. Estábamos solas en casa y todo parecía estar tranquilo; de repente sonó el timbre, las niñas se miraron y salieron corriendo a encerrarse en su dormitorio.

Cuando abrí la puerta, se presentó un vecino que venía a ofrecerse para lo que necesitara ya que sabía que estábamos solas porque Gustavo trataba de no estar en casa.

Le agradecí y al despedirlo me quedé largo rato inmóvil pensando en la reacción de mis hijas. En ese momento me di cuenta de que estábamos a la defensiva; las tres mujeres de la casa pagando consecuencias de las estafas que él había cometido. El teléfono y el timbre generaban en nosotras un sacudón, vivíamos una verdadera paranoia.

Una de las personas que lo había ubicado tomó una buena táctica para presionarlo, llamaba seguido por teléfono a la policía diciendo que no podía comunicarse con él y de ese modo, cada vez que un agente tocaba el timbre, Gustavo atendía rápidamente y sus palabras eran: “¡Que pensarán los vecinos!” En la puerta estaba nada más ni nada menos que la policía.

La situación estaba planteada, él ya no podía retroceder y tendría que afrontar las consecuencias. Después de cada hecho se encerraba en el dormitorio a llorar, ya no estaba su madre para cubrirlo y defenderlo.

No había duda alguna, la sensación de esperanza que tuve en un principio definitivamente se desvanecía, siendo nuevamente seducida por sus palabras con la promesa de salvar el matrimonio y tener una vida mejor.

Todo era una más de sus graves mentiras.

El invierno era muy crudo, quizás por venir de un lugar más cálido el frío se sentía con todo su rigor. Muchas veces nos acostábamos con mis hijas en la cama grande, acurrucadas y vestidas para tener un poco de calorcito.

A la tarde íbamos a juntar trozos de leña para prender el fogón por la noche. La casa era muy grande y el fuego del hogar también servía para calentar agua o hacer algo de comer. Me preguntaba cómo habíamos llegado a tan extrema situación. No encontraba las respuestas; sólo sabía que tenía que seguir, el amor a mis hijas era lo único que me daba fuerzas.

En frente de casa había una heladería, los dueños se habían acercado desde un principio como buenos vecinos y se solidarizaron con nosotros. Decidí limpiarles la casa a cambio de comida para mi familia.

Así fueron pasando los días y de una forma u otra algo comíamos, mientras Gustavo se deprimía sin trabajar en nada.

Una mañana, cuando ya no quedaba alimento y el hambre comenzó a sentirse, con gran esfuerzo decidió plantearle nuestra situación al dueño de un almacén que estaba cerca de casa. Ante sus convincentes palabras, el señor accedió con gran generosidad al pedido de sacar comestibles hasta tener algo de dinero.

Eso nos ayudó a tener lo imprescindible, pero los días pasaban y la cuenta en el almacén crecía, cada vez que había que ir a buscar algo sentía vergüenza, aunque deseábamos trabajar debíamos esperar al verano para conseguir una ocupación, como en la mayoría de los lugares turísticos.

Octubre llegó con toda la tibieza, demasiado frío habíamos pasado y el sol era muy bienvenido. Comencé a trabajar en la heladería de los vecinos de enfrente, además les cosía algunas prendas y con el pago podíamos comprar algo de alimento.

Cuando comenzó la temporada yo debí trabajar en una sucursal de la heladería, a cinco kilómetros de donde vivíamos. Durante el día me ocupaba de la casa; a la tarde y hasta la madrugada trabajaba.

Como dicen en los lugares turísticos, hacía “trabajo de temporada,” esos, que cuando termina el verano se siente el cansancio de diez años juntos.

Mientras tanto Gustavo sobrellevaba su depresión durmiendo y cortando el césped de casa, según él para olvidarse de lo que le tocaba vivir.

Llegaron las fiestas y el veinticuatro de diciembre lo compartimos con los dueños de la heladería. No faltó nada en la mesa, comida, guitarreada, cantos, risas, pero yo sentí que me faltaba todo. Por primera vez mis hijas no recibieron un regalo de Navidad, no tenía el saludo de ninguno de mis afectos y en la calurosa noche, una vez más sentí el frío de la soledad.

Lo mismo ocurrió en Año Nuevo. Compartimos la cena con las mismas personas y a las doce de la noche los fuegos artificiales estallaron con todos los colores, saludé a mis hijas, a mi marido; brindé con los presentes y me paré en medio de la calle con la copa en la mano, mirando al cielo y pidiendo a Dios que el nuevo año me sorprendiera con una vida mejor, por eso lo había dejado todo y era lo que más deseaba.

Por momentos los pensamientos se interrumpían por los fuertes sonidos de la pirotecnia y traté de disfrutar el maravilloso paisaje donde resplandecían las luces. Las montañas se vestían de colores y la escena se convertía admirable; esa maravilla hizo que olvidara por unos minutos lo que sentía; quería llenarme y aturdirme con lo que veía y logré, por unos instantes, deleitarme con aquel paisaje resplandeciente.

Al comenzar el nuevo año, mis hijas vivían el verano como si nada pasara y a su corta edad no se daban cuenta de la real situación. ¡Bendita inocencia! Terminada la temporada Gustavo pagó una de sus tantas deudas con un auto viejo que era lo último que nos quedaba, recibiendo un pequeño sobrante de dinero.

Compramos algunos cacharros de barro, plantas, adornos, y abrimos un negocio de artesanías en el garaje de casa que de a poco, fue creciendo lo suficiente como para vivir.

Gustavo consiguió trabajo en un hotel donde sólo estaba unas horas algunos días a en la semana, y todo fue mejorando.

Algunas tardes salíamos a caminar y las montañas se convertían en únicas testigos de nuestros proyectos. Con palabras entusiastas él comenzaba a hacer planes de comprar un auto, una casa, tener una buena vida...

Por todo lo que sufría yo necesitaba soñar; por lo menos eso me alejaba de la realidad. Pero al final nuestras conversaciones sólo eran delirios de él y sueños míos.

Después de dos años, Gustavo abrió una agencia de autos en una ciudad a 100 kilómetros de donde vivíamos, viajaba a diario y con un socio comenzaron el proyecto.

Todo parecía mejorar, decidimos cerrar el negocio de artesanías y volví a dedicarme al hogar, ser ama de casa, esposa, madre, a progresar y tener una familia.

Algunas veces lo acompañaba en los viajes de negocios y nuevamente me fui acostumbrando a sus delirios, a no ver más allá de sus palabras ¡Hasta creía que había cambiado! ¡Y que nos amaba!

El tiempo pasó y con las ansias de concretar sus aspiraciones, comenzó a hacer negocios con un prestamista. De a poco todo volvía a ser como antes, las llamadas de los clientes reclamando las deudas y la vida alterada de la que habíamos escapado unos años atrás.

Creí que todo pasaría, que era un mal momento y nada más, como ya había sucedido antes, no quería pensar que al fin y al cabo era más de lo mismo.

Después de cuatro años llegó una fecha muy importante para nosotros; nuestro aniversario, cumplíamos 21 años de casados. Ese día fue recordado como siempre y a la noche recibiría el más sorprendente de los regalos.

Tras el sonido del timbre, se hicieron presentes mis suegros, pero... ¡No eran una visita! Llegaban para quedarse a vivir con nosotros, mientras Gustavo trataba de convencerme que sólo era por unos meses.

Nuevamente comenzó una vida de desdicha, la madre volvería a competir por el amor de su hijo con más fuerza, como si fuera una revancha por haberlo alejado de su lado por algunos años, y fue así que todo se hizo muy difícil de sobrellevar.

Gustavo se sentía nuevamente apañado, pero esa vez cambiaría de táctica. Decía que sus padres le molestaban, que no los soportaba y que lo único importante para él éramos nosotras tres.

Durante casi un año todo fue un caos, malos gestos, miradas, palabras con doble intención. La hora de la comida ya no era una mesa familiar y pasados los meses, sus padres y nosotros comíamos por separados. Cuando Melani y yo estábamos solas, almorzábamos sentadas frente al televisor con el plato sobre nuestras piernas para evitar malos momentos.

Se hacía muy difícil la convivencia y le pedía a mi esposo que alquiláramos una casa pequeña para salir de ese infierno que nos tocaba vivir.

Mi suegra me agredía verbalmente todo el tiempo con la misma estrategia que su hijo, lo hacía cuando estábamos solas, de ese modo no había testigos de lo dicho.

Gustavo se encerraba en nuestro dormitorio y juraba que encontraría una casa para mudarnos pronto y volvía a prometer que seríamos una familia.

A veces dedicaba tiempo en ver viviendas para alquilar, también visitaba inmobiliarias e incluso me llevaba a conocer casas y hablaba con los dueños para hacerme ver que su deseo era real. ¡Cómo no creerle!

Los últimos meses, Gustavo casi nunca estaba en casa, salía a la mañana y volvía al anochecer, ya no me miraba, y con el tiempo, además de faltar todo el día también faltaba la mayoría de las noches, decía que tenía dos trabajos para poder juntar dinero y pagar un alquiler, aunque su segundo trabajo nunca quedó claro. ¿En qué podría trabajar durante la noche?

Cuando se iba nunca decía si volvería o no. Yo estaba muy sola, no entendía lo que pasaba -o quizás sí-.

Me preguntaba si tanto poder tenía su madre como para instalarse y romper la familia que habíamos logrado tener. Pero... esa familia nunca existió, sólo fue un deseo mío.

Sentía que estar en la casa me ahogaba, no tenía ánimo para salir, ni siquiera para cambiarme; algunas veces llegaba la noche y me daba cuenta que no me había sacado el pijama durante todo el día y hasta olvidaba cepillarme los dientes.

Una mañana Gustavo me invitó a uno de sus tantos viajes de negocios, dijo que estaba muy cansado y tenía miedo de dormirse.

Sabía qué palabras utilizar para persuadirme, siempre me preocupaba pensar que se pudiera dormir, además, tenía muchos deseos de salir de ese encierro, ya que hacía varias semanas que no me permitía subir a nuestro auto.

Comenzamos el viaje y después de algunas horas llegamos a destino. Dijo que debía visitar varios clientes en diferentes lugares, aunque curiosamente no fue a ningún sitio concreto. Miraba con insistencia su reloj y estaba nervioso, intranquilo, como esperando algo.

Siempre fui observadora y conocía bien sus actitudes.

Al anochecer comentó que debía pasar por una ciudad a cien kilómetros de donde estábamos y para que no se hiciera demasiado tarde el regreso a casa, iría por un camino más corto que nunca había recorrido. “Debo ganar tiempo” – dijo.

Al emprender el regreso lo noté aún más nervioso, como todo estaba tan mal entre nosotros pensé que se debía a la tensa situación que vivíamos.

Luego de media hora de viaje comenzó a recorrer la ruta que según él, no conocía. Era estrecha y estaba en muy mal estado; no circulaban autos por ahí, tampoco había banquetas y los pastizales tenían más de dos metros de alto.

Eran casi las veintidós horas y la noche estaba muy oscura.

Recorrimos kilómetros y más kilómetros sin ver pasar ningún auto, entonces comenzó a decirme lo peligrosa que se veía esa ruta, que de descomponerse el auto no tendríamos dónde detenernos, o si sufríamos un asalto, con facilidad nos podrían matar, y si el asaltante quería hacerme daño, o más concretamente violarme, él no podría defenderme. De suceder algo de todo eso nos podrían tirar en los altos pastizales y nadie nos encontraría por ser esa una zona despoblada.

Con eso logró aterrorizarme y parecía disfrutar de verme así. ¿Por qué ningún auto pasaba por allí? y comencé a preocuparme seriamente.

En un momento disminuyó la marcha diciendo que como la ruta no estaba marcada le costaba visualizarla.

A media hora de transitar por ese lugar, se acercó un auto en sentido contrario, entonces Gustavo aminoró aún más la marcha y comenzó a hacer repetidas señales de luces que eran contestadas por el ocupante del otro vehículo; según él se estaban saludando y tras un intento de frenar que me produjo espanto...continuó la marcha muy lentamente.

Detrás de ese auto venía otro con sus luces normales. Me pregunté ¿por qué tantas señales con el primero y no así con el segundo?

Después de una hora de viajar por ese oscuro camino llegamos a destino. Sentí un gran alivio porque a pesar de mi angustiada sospecha no había pasado nada grave.

A la semana siguiente me invitó nuevamente ir a la ciudad, pero el regreso debía hacerlo por la misma ruta que habíamos hecho aquel día. Me negué, sospechando firmemente que su intención no era buena.

Comencé a pensar que las señas de luces del primer auto, eran un aviso de que venía otro vehículo atrás. Me di cuenta de que había preparado algún plan que no pudo concretar y quería volver a intentarlo, aunque cometió el error de avisarme que volveríamos por el mismo camino.

Sus nuevas amistades eran personas “peligrosas” y mi presencia les molestaba sobremanera. Creo que ese día Dios mandando aquel segundo auto para salvarme.

Hoy sé que aquella era una ruta inhabilitada.

¿Cuál fue su verdadera intención?

Gustavo ya no regresaba a casa, tampoco dejaba dinero para la comida y de un día para el otro, todos dejaron de hablarme. Fue entonces cuando supe que él y sus padres estaban de acuerdo en algo, pero no sabía en qué. Hablaban en tono bajo entre ellos y cuando yo estaba cerca se callaban bruscamente.

En una de las salidas, mi marido estuvo varios días sin volver, yo no sabía nada de él, entonces decidí llamarlo a su teléfono celular, atendió una mujer y de fondo escuché la risa de niños.

Ya no había dudas: tenía una aventura o una nueva familia.

Traté de disimular el profundo dolor que me estaba destruyendo. Sentía que no podría seguir viviendo, ya no daba más...

Al llegar el mediodía, comencé a preparar el almuerzo para Melani, sólo para ella, porque las angustias no me permitían comer desde hacía dos meses.

No sé muy bien qué ocurrió, sólo recuerdo que estaba cocinando y de pronto me encontré en el dormitorio preparando la valija.

En mi descontrol, pude hablar con Melani, le dije que la amaba y que todo iba a salir bien, sólo me iba unos días para que su padre reaccionara y nos sacara de ese lugar.

Ella se quedaría con sus abuelos hasta que todo se acomodara. También hablé con Tatiana que en ese momento trabajaba y estudiaba en otra ciudad y apoyó mi decisión.

Salí casi corriendo de allí, sin mirar atrás, como si una extraña fuerza me expulsara de esa casa. No sentía tocar los pies en el piso, como si en lugar de irme corriendo lo hiciera casi volando, tampoco supe donde estaba cuando al detenerme, me encontré en la terminal de ómnibus.

Sólo atiné a esconderme detrás de una columna, sabía que Gustavo iría a buscarme y si me ocultaba quizás no podría encontrarme. En lo único que pensaba era en escapar. En mi mente quedó grabada a fuego la carita de Melani llorando desconsoladamente, imagen que jamás olvidaré. Me preguntaba qué clase de madre era, pero también sabía que no resistía más.

Un hombre de mediana edad se acercó, preguntó que me pasaba y algo le conté balbuceando. Trató de tranquilizarme hablando todo el tiempo con mucha

paz, de la vida, de seguir adelante, de tener fuerzas, que todo tenía un principio y un fin y a veces, debemos hacernos de hierro para tomar decisiones.

Me fui calmando con la firme convicción de no volver nunca más a aquella casa donde vivía un infierno. Perdí la noción del tiempo.

Al llegar el ómnibus, saludé a aquel desconocido que repetía palabras alentadoras y emprendí el viaje a la casa de mi hermano como única salida. No sabía a dónde ir.

En el camino rezaba, pedía fuerzas para seguir viva. Lo que estaba sucediendo era un final y un principio que desconocía. Recordaba las palabras de esa persona que, por no saber su nombre lo llamé Ángel, convencida de que ese encuentro no había sido casual.

Dios quiso estar presente para sostenerme en aquel momento.

Al día siguiente, ya en casa de mi hermano, comenzaba las primeras horas de mi vida, como si acabara de nacer. ¿De dónde había sacado fuerzas para hacer lo que había hecho?

A todas las preguntas no les encontraba respuesta. ¡Dolía tanto, tanto! que se hacía insoportable hasta respirar.

Mis hijas se ocuparon de pedirle a Gustavo que buscara una casa donde pudiéramos vivir Melani y yo, porque Tatiana sólo venía algunos fines de semana. Al sentirse presionado por las circunstancias, alquiló una casa para las dos en cinco días. ¡Qué curioso! -pensé- lo que no había conseguido en meses pudo hacerlo en pocas horas.

Melani y yo nos fuimos a vivir solas dejando que él decidiera sobre su vida, siempre con el apoyo de la madre.

Durante dos meses traté de hablarle en los mejores términos para llegar a un acuerdo legal, ya que las promesas que hacía, como siempre, jamás las cumplía, eran palabras escritas en el aire que luego se llevaría el viento.

Una de las promesas fue conseguirme trabajo por medio de un amigo, aunque tendría que esperar dos meses para una vacante. Yo todavía creía en sus palabras, no podía salir de aquel círculo en el que había vivido durante más de veintidós años. Mi mente estaba bloqueada, perturbada, los hechos sucedían y nada más, como una gigantesca ola que nada la puede frenar. Así era mi vida en aquel momento, todo se venía encima y parecía estallar inevitablemente.

A pesar del estado en que me encontraba, buscaba un trabajo, especialmente en los hoteles, pero fuera de temporada no había nada para hacer.

Gustavo comenzó a negarme toda ayuda económica y por si eso fuera poco dijo que no pagaría más el alquiler. ¿Cómo afrontaría los gastos yo sola si ni siquiera teníamos para comer?

De ese modo seguía manteniendo el control de lo que quería.

Con el tiempo supe que existe el “Psicopateo económico”. Ellos manejan el dinero y con él todas las situaciones. Adquieren el control, ya que el “dinero” significa “poder” y de esa manera mueven las piezas a su antojo.

Los días transcurrían y la presión era cada vez mayor; sólo tenía la ayuda de mis padres dándome, cada tanto, una pequeña ayuda económica para

sobrevivir. Evidentemente en poco tiempo debería dejar esa casa por no poder solventar los gastos por mis propios medios.

Una noche una amiga se acercó para contarme que él vivía con otra mujer en una casa muy cómoda a pocas cuadras de donde Melani y yo residíamos.

La noticia me sorprendió, con mis hijas creíamos que vivía con sus padres y que estaba solo. Entonces quise desenmascararlo para que ese nuevo engaño quedara al descubierto ante nosotras y decidí verificar.

A la mañana siguiente, muy temprano, me presenté en esa casa, toqué muy fuerte el timbre, mientras veía que allí estaban mis muebles ¡Los había llevado a su nuevo hogar! ¡Esos eran mis muebles! ¡Qué dolor sentí y qué impotencia!

Gustavo no estaba allí en ese momento. Su nueva pareja abrió la puerta y después que negó conocerlo se abalanzó sobre mí con furia, golpeándome una y otra vez, luego me tiró al suelo de un fuerte empujón y al tratar de levantarme, sentí otro golpe. Caí a la calle mientras oía a la mujer gritar: “¡Tiene razón Gustavo que sos una enferma!”

Arrodillada en el piso, sólo me dejaba pegar, como si me auto-castigara por haber sido tan tonta al no darme cuenta de nada. Casi no sentía los golpes, la vergüenza de estar expuesta en la vereda pudo más y el llanto y la desesperación me nubló la mente.

Cuando logré salir de aquel estado de perturbación fui a la comisaría donde hice una denuncia por los golpes sufridos.

Gustavo no apareció, con la excusa de que estaba trabajando ¡Nunca había escuchado un pretexto tan cobarde! aunque no esperaba otra cosa de él.

Siempre le tuvo pánico a todo lo que tuviera que ver con lo legal, abogados y policía. Después de todo lo sucedido, sólo quería morirme, sentí la humillación de la manera más baja. Mi ex marido me culpó por ir a molestar a esa mujer y desmentía la relación diciendo que sólo era una prostituta ocasional. ¿Entonces, qué hacían mis muebles en esa casa?

¡Y esa vez, con tantas evidencias, no pudo tapar lo que estaba haciendo!

Por todo lo que vivía bajé notablemente de peso, tenía trece kilos menos, en mi rostro se marcaba el desgaste de tanto dolor y entré en una gran depresión.

¡No podía entender cómo la persona a la que había amado, con la que compartí veintidós años de mi vida y habíamos tenido dos hijas maravillosas, me había dejado sola y en la calle! Los bienes que teníamos en común que eran

los autos de la concesionaria, habían desaparecido como por arte de magia. Era evidente que ese vaciamiento le había llevado un tiempo de preparación y que había sido perfectamente planeado.

Yo seguía la vida tratando de resistir.

Una noche, al regresar a casa, me di cuenta de que él había entrado en mi ausencia, ya que tenía una copia de las llaves con la excusa de que allí también vivía su hija y tenía derecho de ir a verla cuando quisiera. Vi sus pisadas que llegaban hasta mi dormitorio y en la puerta había una enorme araña inmóvil. Asustada, pude matarla, preocupada porque pudiera haber otra en el dormitorio de Melani.

Cuando pasó a la noche para visitar a nuestra hija le comenté lo sucedido. Me miró, se rió y se fue. Supe entonces que la había llevado él para asustarme, como siempre, pero... ¿cómo probarlo?

Diferentes hechos comenzaron a suceder. Un día, limpiando mi cuarto encontré en la ventana una bala y con furia la tiré a un descampado, ya sabía que era otra más de sus molestias, también aparecían largos mechones de cabello debajo de mi cama o de las sillas, marcas de aceite en las puertas, pedazos de uñas en el piso, etc.

Se negaba a darme la llave que le permitía entrar cuando quisiera y de ese modo seguir teniendo el control. Evidentemente quería que mi psiquis estallara. Yo no me atrevía a comentarle a nadie lo que ocurría, ya que se había asegurado de hacerle creer a mis allegados que yo estaba loca.

Mi hermano me ofreció trabajo en la ciudad cercana donde él vivía. Necesitaba trabajar, Gustavo ya no me ayudaba en nada y trataba de presionarme por todos los medios para que me fuera, deseaba tenerme lejos para que no lo molestara en su nueva vida.

Fue entonces que decidí aceptar la propuesta de mi familia, aunque Melani no quiso acompañarme, quería terminar los estudios en el colegio donde estaba desde hacía cinco años, Gustavo prometió hacerse cargo de ella para cuidarla y partí en busca de trabajo.

En ese momento sólo pensé en el bienestar económico de Melani, estaba tan acostumbrada a no valorizarme, a sentirme nada, que no me di cuenta de que yo era importante e irremplazable para ella.

Quizás ése fue el gran error, que pagué con lágrimas todos los días de mi vida. Había sido una buena madre y añoraba ese lugar, pero, ya era demasiado tarde. Melani no volvió a aceptarme como mamá.

Comencé a trabajar y recuperar peso. Cuando podía iba a verla, mientras que ella se alejaba totalmente por sentir aquella separación como un abandono. Casi no me hablaba ni contaba sus cosas, no me tenía en cuenta y todo ese dolor lo sentí como un desgarró, el mismo que sufrí cuando nació, pero ahora sentía el desgarró de la pérdida.

Ése fue el dolor más grande, tanto, que no volví a sentir felicidad.

Me faltaba el amor de mis hijas.

Comencé así mi nueva vida. Todo dolía y se hacía difícil; extrañaba demasiado a Tatiana y a Melani, sólo pensaba en ellas. La sonrisa se apagó y el ceño fruncido se dibujó en mi cara; caminaba con los brazos cruzados y mirando hacia abajo. Nada me hacía sentir alegría o placer, ni siquiera mirar las montañas que tanto me gustaban, sólo iba a trabajar y volvía a casa, no quería encontrarme con nadie para evitar alguna conversación.

Tanto dolor me produjo un estado de depresión que se manifestó principalmente en la garganta, mi voz temblaba al hablar, no lo podía dominar y era muy evidente, cuando no podía evadir una conversación temblaba aún más causándome impotencia.

Cada día me alejaba más del mundo y la mejor manera de escapar era encerrarme para no cruzar palabras con nadie y que de ese modo no se dieran cuenta de mi estado. En el rostro estaban marcadas las huellas del sufrimiento y en los ojos una mirada perdida de tanto llorar.

A veces, mirándome al espejo no me reconocía y pensaba si lo que sentía eran síntomas de estar volviéndome loca. Tantas veces Gustavo lo había dicho que comenzaba a creerlo.

Los días eran todos iguales, oscuros, aunque el sol brillara. Llegaban las fiestas y escuchaba hablar a mi familia con entusiasmo de dónde y con quiénes las compartirían.

Inevitablemente el 24 de diciembre llegó. No era un día más, todos se veían felices, los negocios estaban llenos de gente comprando regalitos para la noche, mientras yo sentía que el pecho se oprimía, esa fiesta que siempre fue tan importante para mí, esa vez, deseaba que no hubiera llegado nunca.

Pero llegó, estuve en la casa de mi hermano junto con mis padres, dos familias tan completas y yo tan vacía.

Un grito de: “¡Las doce!” me cerró el corazón y las lágrimas que había contenido durante todo el día comenzaron a brotar.

Parecía que los abrazos de mi familia no eran de contención, sino de piedad, yo solamente quería sentir el calorcito de Tatiana y Melani, pero ellas no estaban allí, no las tenía conmigo, no las podía abrazar.

Salí a la calle y mirando al cielo le pedí a Dios por las tres y comencé a aturdirme con los ruidos de los fuegos artificiales, trataba que en mis ojos sólo hubiera lugar para los colores que brillaban en lo alto.

Un Padre Nuestro y un Ave María fueron los rezos que elevé para que Dios les hiciera llegar a mis hijas ¡todo mi amor!

También ellas pasaron una amarga fiesta, sufrían tanto como yo y cada una, desde su lugar, derramó las más tristes lágrimas. ¡Cuánto dolor!

No ocurrió lo mismo con Gustavo que lo compartió con nuevos amigos y su flamante pareja, disfrutando a pleno la vida que decidió tener.

Recordaba sus palabras el día que nos separamos: “Has sido una excelente esposa y una excelente madre, pero no me servís para lo que quiero hacer”.

Decididamente, no buscábamos el mismo camino.

De igual modo llegó fin de año y como en la fiesta anterior, mi familia hablaba en qué casa lo pasarían y, la preocupación mayor, qué comerían esa noche. ¡Qué absurdo era todo eso para mí! ¿Pensar en la comida?

Nos reunimos en casa de mis padres, el arbolito prendía y apagaba sus coloridas luces al ritmo de una suave melodía, para mí era una comida más, y a la medianoche traté de evadirme nuevamente con los fuegos artificiales que tanto me gustaban.

A las doce gritaron: ¡Feliz año nuevo!

Levanté la copa y brindé por mis hijas.

Aquellas fueron las primeras fiestas sola, totalmente sola, nunca más volví a disfrutar de esas fechas ni de ninguna otra, como los cumpleaños, día que siempre había sido tan importante y mucho menos el día de la madre.

Esas celebraciones que antes tenían tanto valor, pasaron a ser un día más en el calendario.

Los meses transcurrían y todo seguía igual, Melani y Tatiana habían decidido alejarse totalmente, yo no tenía más fuerzas para luchar, pensaba que todo era muy reciente y que debía dejar pasar el tiempo para que el dolor menguara.

Decidí iniciar el divorcio, algo que se transformó en obsesión. Ningún abogado quería tomar el caso; en primer lugar, por no tener dinero y cuando les contaba mi historia, todos tenían excusas para decir que no. Mientras más negaciones recibía más deseaba comenzar los trámites. No quería seguir llevando ese apellido que no usaría nunca más y que, en cierto modo, me ensuciaba. Busqué, golpeé puertas, hasta que una abogada se apiadó y tomó el

caso, creí que por ser mujer comprendería mi historia. Pero La Ley se toma su tiempo.

Los trámites con sus idas y vueltas comenzaron y fueron un verdadero desgaste psicológico. Con los años lo dejé en manos de Dios, quién mejor que Él para hacer lo correcto, y de ese modo la obsesión pasó a ser un trámite legal y nada más, trámite al que mi ex evadía constantemente y del que siempre por un motivo u otro, salía airoso.

Logró quedarse con todo lo material, pero no pudo quedarse con mi vida.

Me había quitado la identidad y ya era hora de comenzar a pensar en mí, como pudiera, de a poco, pero empezar.

El trabajo con mi hermano terminó, no había sido una buena temporada.

Después de mucho buscar pude emplearme como moza en una pizzería, donde sólo iba algunos días a la semana.

Decidí vivir sola, aunque con el dinero que ganaba apenas podía pagar una habitación con un pequeño baño. Una cama, una mesita y dos sillas eran todo el amoblamiento que entraba en tan pequeño espacio, lo arreglé y colgué fotos de mis hijas.

La situación estaba planteada y en ese pequeño lugar recomencé una vida desde la nada, pues yo me sentía de sea manera en todos los aspectos: Nada.

Aún así, creí que estaba haciendo lo correcto. Debía reencontrarme y comenzar a vivir la realidad mejorándola día tras día, con angustias, broncas, llantos, pero avanzar, avanzar. Era la única manera de crecer y comenzar a ser yo misma.

Extrañaba demasiado a Melani, a veces hasta creía escucharla, y aunque sentía la necesidad de tenerla a mi lado, pensaba que estando con su padre estaría cuidada, viviría en una casa con todas las comodidades, tendría su alimento diario y no le faltaría nada.

Ya casi no me importaba haberlo perdido todo con tal de que ella no sufriera privaciones como yo.

Deseaba tanto que estuviera conmigo que hasta me planteé regresar donde ella estaba, pero no encontré el modo de volver.

Quería hacer lo correcto y me di cuenta que mi mente estaba bloqueada.

Me llenaba de preguntas sin respuestas, no podía tomar una decisión y aunque me molestara comprendí que todo lo vivido desde que conocí a Gustavo había lastimado mi mente y llevaría un tiempo recuperarme.

A dos años de la separación estaba cada vez peor, había perdido totalmente el deseo de vivir y pedí ayuda psicológica.

Luego de tres meses de tratamiento la terapeuta realizó el siguiente informe:

“SINTESIS DEL INFORME DEL PSICODIAGNÓSTICO PARCIAL REALIZADO ENTRE LOS MESES DE ENERO-MARZO.

Motivo de consulta: Dado por la paciente.

-Me separé hace dos años... viví veintidós años con alguien que para mí hoy es un extraño, un mitómano... una persona sumamente posesiva, impulsiva, agresiva... siento que esos años los perdí...

Hace dos años que estoy tratando de hacer mi vida y no sé cómo, nada me conforma, me llega, me hace sentir bien o feliz, me siento bloqueada, sin rumbo en la vida... necesito recuperar el tiempo que he perdido.

Observación del comportamiento.

En líneas generales, Ana se mostró dispuesta a la realización de la tarea, con una correcta ubicación del tiempo y del espacio.

Manifestó sentimientos de angustia y llanto a los que se les agregó culpa, fundamentalmente al hablar de sus hijas y la dificultad para relacionarse que posee con cada una de ellas, el sufrimiento que le causó la separación y contaminación de ideas que poseen hacia su imagen, por influencias familiares, ex marido, ex suegra.

Responde a las consignas en forma concreta y breve, con poca expresividad, se ajusta a las normas y por momentos tiende a refugiarse en su mundo interno aislándose así de situaciones que le son conflictivas, no pudiendo utilizar sus recursos internos para superar problemas.

En líneas generales, Ana se presenta a la consulta en un estado anímicamente angustiado y desesperanzado”.

En aquel momento estaba así, igual que al principio, no avanzaba, la única consigna era seguir respirando.

En las consultas le conté mi vida a la terapeuta y su primera pregunta me hizo pensar: “¿Cómo aguantaste tanto?” Luego dijo: “¿Y no te dabas cuenta?” Pensé todo el día en aquellas preguntas, pero no encontraba las respuestas. Con las siguientes consultas me dí cuenta de que ella quería ayudarme para que entendiera que alguien había manejado mi mente durante veintidós años, y fue entonces cuando yo me formulé la tercera pregunta: ¿Por qué nadie entiende que quien vive con alguien así, no se da cuenta?

Buscando una respuesta, comencé a conocer gente con el mismo problema, mujeres que trataban de salir de situaciones parecidas, y a todas le preguntaban lo mismo: “¿Y no te dabas cuenta?”

Entendí que no era la única que había vivido algo así, y prometí que cuando estuviera en condiciones les haría ver a quienes no entendían, que la persona que maneja la mente de otra desde temprana edad o durante mucho tiempo, llega a adueñarse de nuestra vida, pensamientos, y hasta de los sueños. Nos hacen creer que esa es la vida que nos tocó vivir y debemos vivirla, poniendo por lo general a la familia por sobre todas las cosas, siendo que ellos sólo piensan en sí mismos y todo lo demás son excusas para presionar a la víctima.

Trataba de tener un buen empleo, pero sólo podía conseguir trabajos muy duros y agotadores, que abandonaba cuando encontraba algo mejor.

Muchas veces pensaba si estaba bien lo que hacía y comencé a creer lo que Gustavo repetía siempre: “Que él era indispensable para nosotras y quien no lo apoyara, no tendría su ayuda económica”.

De esa manera persuasiva pudo hacer que mis hijas, sin darse cuenta, cedieran a su control.

Yo comenzaba a ver aquella vida desde afuera y notaba cómo él las manejaba, pero ¿Podría hacerles ver a ellas lo que yo tardé veintidós años en darme cuenta y en tomar una decisión?

Algunas veces la mente me traicionaba y pensaba que, de no haberme ido, no tendría que hacer los trabajos que hacía y lo más importante, estaría con Melani.

Imaginaba la buena vida que él llevaba, con todos mis bienes expropiados, mientras yo hacía trabajos duros y con una remuneración que no alcanzaba a veces ni siquiera para solventar mi propia comida. ¡Eso no era justo!

Me sentía incapaz de un trabajo mejor y resignada con lo que hacía comencé a creer que en verdad no servía para nada.

A tres años de separada, conservaba dos amigas que vivían en una ciudad cercana. A una de ellas la conocía desde hacía algunos años, la única que permaneció a mi lado por valorarme tal como era y quien más me sostuvo, mi querida amiga Beba, ya que mi ex se había asegurado de que me quedara sola al alejarme de todos. Luego conocí a Cristina, quien me abrió las puertas de su casa cada vez que la necesitaba y permaneció siempre cerca. Las llamaba por teléfono cada vez que no resistía más y viajaba a visitarlas para sentir el calorcito de un abrazo. Eran la única contención, ya que mi familia no me comprendía.

En uno de esos viajes, una mujer muy agradable se sentó conmigo en el ómnibus, saludó y entablamos una conversación. Yo no deseaba hablar con nadie; el temblor en la voz se manifestaba de manera más acentuada por el estrés físico-psíquico debido al trabajo de mucama en un hotel, donde debía estar diez horas diarias con toda la carga emocional.

Se presentó como Diana y me invitó a una muestra de productos naturales, yo no estaba interesada en ellos, pero era una buena oportunidad para conocer gente y comenzar a relacionarme nuevamente, y acepté la invitación.

El día de la muestra Diana me recibió cálidamente y conocí a algunas personas maravillosas. Regresé a las siguientes presentaciones y entablamos una buena relación.

Ya no estaba sola, comenzaba a comunicarme con la gente. Me preguntaba porque no lo había hecho antes y la respuesta fue inmediata. Antes no estaba dispuesta a estar con nadie, vivía con mi pasado y mi soledad.

La amistad creció, algunos domingos íbamos a misa o compartir un café. Ese día comenzaba a tener sentido, ya que hasta entonces no soportaba los fines de semana y cuando no trabajaba dormía todo el tiempo para que pasara más rápido.

Me atreví a salir de aquella pieza donde vivía y casi sin darme cuenta empecé a conocer buena gente. Algo estaba cambiando.

Comprendí que había tardado tres años en volver a tener contacto con la realidad.

¿Dónde estaban esos años? ¿Los había perdido? ¿Ya no deseaba nada más que mi mundo entre cuatro paredes?

Eran demasiadas preguntas y no importaban las respuestas, sólo sabía que había comenzado, de a poco, a abrir la puerta de aquella pieza para dejar entrar “la vida”.

Una mañana, un aviso en el diario sobre un curso de computación llamó mi atención, quería hacer algo diferente. Comencé el curso y en tres meses pude terminarlo. Era uno de los objetivos, aprender y terminar todo lo que me propusiera.

Al principio costó mucho, debía concentrarme y eso era algo que todavía no había podido lograr. A veces me enojaba conmigo porque no retenía lo que enseñaban, olvidaba todo de inmediato, pero era una meta y estaba dispuesta a cumplirla.

Meses después, ya sabía cómo manejar una computadora, algo que también sirvió para relacionarme con algunas personas, especialmente con mis hijas. Ya tenía una excusa más para tener el tiempo ocupado en otra cosa.

Estaba orgullosa, aunque pareciera algo insignificante, era un gran avance.

También quería volver a escribir poemas y comencé un Taller Literario. Debía poner en actividad la mente para pensar en otra cosa.

Era un grupo reducido, pero lo más importante fue que había gente agradable y me sentí muy bien. Quien daba las clases era Norma, quien logró que volviera a escribir.

Los temas eran propuestos por ella que, con mucha delicadeza, nos inducía con diferentes propuestas.

Hasta que un día la tarea fue “escribir sobre el amor.”

¡Ese sí que era un tema! ¿Escribir sobre el amor? Yo siempre lo hacía pensando en mis hijas.

Pasaron los días y no conseguía plasmar una sola línea en el papel, hacía tiempo que había dejado de creer en el amor. Pensaba que nunca más permitiría que ningún hombre me hiciera sufrir y cerré las puertas a ese sentimiento. No soportaba las palabras de los hombres, para mí todos mentían, el rechazo que tenía por el “Amor” me quitó el deseo de volver a soñar aunque fuera en un papel.

En el próximo encuentro todos cumplieron con la tarea pero yo, no pude presentar nada.

A fin de año se realizó la presentación de un libro con los trabajos de los alumnos del taller. Algunos eran cuentos, otros relatos, y mis poemas. Estaba muy ansiosa aquel día, sentía que presentaba “mi libro”.

Elegí los que más me gustaban, pero ninguno se refería al amor.

Al llegar al lugar todos estaban acompañados, y yo, como siempre, estaba sola, algo que no me importó demasiado, esa era “mi presentación” y quería disfrutarla a pleno, sólo se hizo presente Juan, un vecino al que también le gustaba escribir y que días antes había conocido por casualidad.

Al verlo llegar, pensé en ese hombre que vivía en el mismo lugar que yo desde hacía cuatro años y con quien nunca habíamos entablado un diálogo, ese día, le estaba dando importancia a “mi libro”. Ya no estaba sola, alguien me acompañaba.

Disfruté de aquel momento feliz por primera vez en varios años. Ya había concretado un nuevo proyecto y comenzaba a sentirme capaz de lograr mis objetivos. ¡Si estuvieran mi hijas! -pensaba.

A pesar de esa ausencia, decidí leer el poema que les había escrito en uno de los tantos momentos en que las extrañaba.

BUSCANDO

Entro en tu cuarto
y me envuelve el silencio,
ventanas cerradas, luz apagada,
regazo vacío...
Mis ojos te buscan durmiendo en tu cama,
mis labios reparten besos a la nada.
Juguetes callados,
cuencos vacíos
y en el silencio me aturde

escuchar mis latidos.
Cierro los ojos y así te imagino,
durmiendo en la cama,
con tu alma de niño.
Junto las manos,
las llevo a los labios,
reparto mis besos y sin hacer ruido,
cierro la puerta y dejo guardada
la imagen aquella
de cuando eras niño.

a presentación culminó con una cena en un restaurante, fue una noche mágica.

Regresé a casa con Estela, compañera del Taller Literario, otra de las maravillosas personas que se cruzaron en mi camino para quedarse.

Al día siguiente, Juan me visitó para felicitarme y fue motivo de una amena conversación.

Algo más estaba cambiando, comenzaba a estar acompañada de un hombre tranquilo, suave y siempre dispuesto a escuchar.

Llegaban las fiestas, fechas que no soportaba, pero esa Navidad sería diferente. Lo pasaría con mis hijas, razón más que suficiente para estar feliz, por lo menos ese día las tendría a las dos juntas, aunque sólo fuera por unas horas.

En Noche Buena viajé para estar con ellas. Cenamos y a las doce de la noche hicimos un brindis. Observaba cada uno de los movimientos de Tatiana y de Melani; miraba cuánto habían crecido, estábamos tan cerca y tan lejos a la vez. Por momentos olvidaba que estaba ante dos jóvenes y las recordaba niñas, cuando abrazarlas y besarlas era un deleite.

Pero habían crecido y estaban las dos hermosas, como siempre. En ese momento disfrutaba de ellas como podía. ¡Era tanta la distancia entre nosotras! y pensaba ¿Qué fue lo que pasó?..

Esa noche pedí el deseo de siempre, que Dios nos ayudara a reconstruir ese vínculo de mamá e hijas; algo que llevaría algún tiempo más, pero estaba dispuesta a esperar hasta el último segundo de mi vida si fuera necesario.

Gustavo no las llamó para saludarlas. Tatiana se sintió dolida, aunque prefirió no manifestarlo; a Melani, en apariencia, no le había afectado demasiado, pero yo estaba allí, con ellas, y me sentía feliz.

La noche terminó pronto y mis hijas se fueron al encuentro de sus amigas para seguir festejando la Noche Buena.

Con un saludo lejano de despedida, cada una decidió hacer lo suyo.

¡Cuánto dolor! pero no lo podía evitar. ¡Si supieran que mi única salida fue escapar! Quizás, con el tiempo lo lleguen a entender.

Al comenzar el año me encontré con una amiga. Ella siempre me alentaba y valoraba, sensación extraña que me hacía sentir muy bien. Le conté que había completado el curso de computación y al entregarle el libro le comenté que era uno más de mis logros.

Sin darme cuenta estaba pensando en mí y en recuperar esa capacidad de desear y de poder concretar los anhelos, algo que para la mayoría de las personas es tan normal, para mí, recién empezaba a ser parte de la vida.

Dos frases me acompañaban: “Yo quiero” y “Yo puedo.” Las repetía todo el tiempo, necesitaba convencerme de que podía, ya que por estar sola, era muy insegura y no sabía tomar decisiones.

Dejé el trabajo en el que estaba desde hacía un año, un taller de costura en el que revisaba la ropa y la empaquetaba, algo que debía hacer de pié durante diez horas diarias. Mis piernas no resistían más y empecé buscar otro empleo, confiaba en que algo mejor encontraría.

Decidí anotarme en un colegio secundario. Debía asistir todos los días por la noche, pero estaba dispuesta a estudiar y concretar lo que no había podido de niña. Sabía que era un desafío mayor ya que no estudiaba desde hacía muchos años, más de treinta; corría el riesgo de no poder y tomarlo como un fracaso más.

Se lo conté a mis amigas y conocidos, de ese modo estaría más comprometida.

Sólo faltaba esperar el inicio de las clases y empezar el nuevo desafío.

Enero comenzó con algunos cambios, después de cuatro años de no creer en nadie, de permanecer aislada, de no abrir la ventana para mirar afuera, manteniendo sólo la compañía de algunas pocas amigas y una escasa relación con mi familia, decidí abrirle las puertas al amor.

Juan no fue el único que se acercó, pero sí, el primero a quien le daría esa oportunidad y comenzamos a conocernos.

Él pasaba por mi departamento, golpeaba la puerta y café de por medio comenzábamos largas conversaciones donde cada uno contaba su historia. La vida no había sido fácil para ninguno de los dos y comenzó a contar su vida como si fuera la primera vez que lo hiciera, quizás él también necesitaba ser escuchado.

En una de nuestras charlas Juan preguntó: ¿Por qué tu hija menor no está con vos? ¿Por qué no te visitan?

¿Cómo explicarle el alejamiento de mis hijas si yo aún no lo comprendía?

Le conté que en aquel momento estaba en una situación donde había perdido hasta la capacidad de pensar, donde la respiración se mantenía sólo por un reflejo natural, pero que emocional y psicológicamente estaba destruida, tanto, que a veces hasta creía mejor que mis hijas no me vieran así.

Ya había entendido que no debía sentir culpa por la decisión que tomé; no había tenido otra salida. Pero comprender, no aliviaba el dolor que desgarraba mi alma cada vez que pensaba en ellas.

Le dije: El amor de madre no corta el cordón por el que se ha engendrado la vida, por lo menos no hasta que los hijos crecen ¡Y a mí me lo cortaron antes que se cumpliera el ciclo!

Así di a conocer mi historia a ese nuevo amigo, quise prevenirlo diciéndole que la vida me había endurecido, que no creía en los hombres y la única razón de vivir eran mis hijas. Juan sonrió y para alegrarme, me invitó a ir al río el día siguiente. Era una buena ocasión para disfrutar y no estar encerrada.

Salimos temprano, elegimos un lugar donde pudiéramos aprovechar el sol que no disfrutaba desde hacía algunos años. Quería especialmente escuchar el ruido del agua que me transportaba a la tranquilidad absoluta.

Miraba a Juan, tan complacido y pensaba en cuántos domingos habíamos pasado inventándonos actividades o encerrados viendo televisión, sólo por llenar el vacío de las horas en que la soledad se acentúa y duele más.

Al atardecer, luego de compartir un hermoso día entre risas y confidencias, volvimos a casa.

Juan me propuso entonces iniciar una relación afectiva. Tomó mi mano, la besó, y luego de acariciarme las mejillas preguntó: ¿Esto te molestó o te hizo sentir mal?

Le contesté que no. Hacía mucho tiempo que no recibía una caricia.

Juan aclaró que eso era lo único que pedía, regalarnos una sonrisa, acompañarnos, dejar de estar solos; ambos merecíamos esa oportunidad, aunque yo no creía estar preparada, pensaba que justamente un hombre me había hecho odiar hasta la propia vida y ese era el temor más grande, el de volver a creer y entregarme a alguien que me volviera a destruir para contemplar después cómo se desvanecía todo lo que creía verdadero.

Sin embargo, cuando pensaba en Juan, su manera calma, sus palabras y hasta su historia, lo sentía un buen hombre y no era justo ponerlo en el mismo saco de aquel psicópata al que había comenzado a olvidar. Por eso, en nuestro siguiente encuentro le hablé de mis miedos y ante tanta inseguridad, decidí no hacerlo sufrir.

¡Era una relación que todavía no había comenzado y ya sentía culpa ante la posibilidad de un fracaso!

La culpa era un sentimiento tan arraigado por aquel pasado que se hacía presente. Culpa por haberme separado, dejar a mis hijas y haberle permitido a Gustavo causarme tanto dolor.

Aunque ya había salido, seguía sintiendo culpa por no haber comprendido el enfermizo amor de la madre hacia su hijo y dejar que ambos siempre manipularan todas las situaciones.

Quería cambiar ese pensamiento que tarde o temprano tendría que sacarme, como un ropaje viejo.

Una noche, cuando nos encontramos nuevamente, le dije: Decidí intentarlo.

Los días siguientes en forma de halago, dejaba poemas debajo de mi puerta, una manera certera de mimarme.

Los sábados a la noche se convirtieron en salidas, una cena o caminar por el centro mirando vidrieras, los domingos ya no estábamos solos, el río nos esperaba y todo comenzó a cambiar.

¡Éramos dos buenas personas que merecíamos darnos una nueva oportunidad!

Los primeros días de marzo se abrió la inscripción en el colegio donde haría el ciclo secundario y junto a otros compañeros esperaba el turno para anotarme, acompañada de recuerdos.

En la mente comenzaban a ir y venir situaciones pasadas, cuando Gustavo me recordaba que por no tener los estudios cursados nunca conseguiría un buen trabajo. Estudios que tampoco él tenía y que siempre ocultaba decir.

Comenzaba un nuevo desafío; pero ésa vez creía que era capaz de lograrlo y por sobre todas las cosas, estaba haciendo algo por y para mí.

Los recuerdos se interrumpieron al llegar mi turno, me anoté y salí feliz. El primer paso ya estaba dado, sabía que lo siguiente no iba a ser fácil pero estaba dispuesta a intentarlo.

El primer día de clase no me animaba a entrar al curso, casi todos los alumnos eran muy jóvenes y me veía desubicada en ese lugar, por un momento creí que el cuerpo no podría sostenerse.

Me dí fuerzas con un reto ¡No podía ponerme en ese estado cuando todavía no había comenzado!

El fuerte ruido del timbre me sobresaltó, tendría que acostumbrarme a ese sonido, esa vez el llamado era para mí.

Todos nos reunimos en el patio, los jóvenes por un lado y los adultos por otro, intenté hablar con una compañera que estaba en la misma situación; nuestra edad es un desafío para cualquiera. Al darme cuenta que no era la única que se veía de ese modo sentí alivio.

¡Lo que me estaba pasando era normal!

Se repartieron las aulas según la cantidad de alumnos y ya estaba adentro. Todo había comenzado.

Al terminar la clase, salí feliz. Así pasaron las semanas y cada vez estaba más integraba, las notas eran buenas, con los meses pude mejorarlas y nuevamente creí que podía.

Había conseguido un trabajo algunos días a la semana que me permitía estudiar.

La frase “Yo puedo” y “Yo quiero” seguían dando muchas satisfacciones.

Cuando tenía una prueba, estudiaba varios días antes, no me conformaba una nota mínima, sabía que con esfuerzo serían más altas, y así obtuve ocho, nueve y diez.

Algunas veces, cuando no entendía algún concepto pedía ayuda a Juan, quien pacientemente explicaba todo lo que sabía y el compartir esos momentos de aprendizaje comenzó a unirnos cada día más.

Nuestro sentimiento se afianzaba, pero muchas veces el pasado nos tendía una trampa y era muy difícil estar juntos. Pensaba que no quería sufrir ni dañarlo, tantos años sola ya había aprendido a valorar mis tiempos sin depender de nadie, algo que no estaba dispuesta a perder, la libertad que había comenzado a “disfrutar” y me permitía tomar mis propias decisiones. Era una mujer sola, dueña de mis actos y mis tiempos y por momentos sentía que Juan me asfixiaba.

¡Tantas veces había deseado estar con un hombre que me amara! y cuando lo tuve, quería estar sola ¡Qué gran contradicción! ¿Sería un escudo para no volver a sufrir? No sabía lo que quería y no encontraba la razón de mi desconcierto.

¡Qué difícil se hacía vivir acompañada!

Mi indecisión era motivo de discusión, Juan sostenía que siempre anteponía el “yo” al “nosotros”, y de ese modo destruía lo que podía ser para los dos.

Yo le decía que se victimizaba, proyectando en mí el desprecio que había recibido de su ex esposa y ante cualquier situación buscaba defenderse de ataques que no existían.

En realidad, ambas cosas sucedían, los dos nos defendíamos de nuestro pasado. No encontrábamos el equilibrio, aunque nos queríamos mucho teníamos que resolver nuestras historias pasadas para poder seguir adelante.

Las discusiones comenzaron a ser frecuentes y ya no parecía un hombre calmo, que sin ser agresivo, su forma de expresarse me hería. Entonces decidí no compartir mi vida con ningún hombre. Para Juan, eso era orgullo, él no entendía que para creer en mí tuve que recoger a través del orgullo los restos esparcidos y devaluados de mi propia identidad.

Después de varios años y con mucho esfuerzo sentía que por fin comenzaba a ser una persona, una mujer capaz de creer en mí, de tener un proyecto y concretarlo, sin depender de la aprobación o el apoyo de un hombre, y no estaba dispuesta a entregar mi vida nuevamente.

La relación con Juan se tornó imposible de sobrellevar y decidimos tomar distancia.

Ese invierno enfermé, una fuerte gripe con mucha fiebre me quitó las fuerzas y tuve que hacer reposo, Juan permaneció conmigo todos esos días, atendiéndome y cuidando que no faltara nada. Yo no conocía la sensación de ser cuidada. Cuando estaba casada, a las enfermedades las pasaba en pie, porque la casa, mi marido, mis hijas y las obligaciones eran prioridad.

Esa vez todo fue distinto, alguien se estaba ocupando de mi.

Nos dimos cuenta que, a pesar de no poder continuar nuestra relación como pareja, nos queríamos mucho y decidimos ser amigos, logrando un vínculo afectivo muy sincero.

Hasta ese momento yo no podía decirle “Si” al amor.

Con Juan compartimos una enriquecedora experiencia y a pesar de los sobresaltos, había sido muy bueno conocernos.

El pasado, cuando deja heridas profundas, no sólo determina el presente sino también, parte de nuestro futuro.

Seguí manteniendo distancia y volvieron las largas horas de soledad. Comprendí que la relación con Juan había sido más intensa de lo que había imaginado, no sólo por las controversias que habíamos tenido, sino también porque en tan sólo seis meses desenterré veinticinco años de mi vida.

Todavía mantenía dentro el conflicto entre los deseos de mujer y los temores de quien fue golpeada en cuerpo y alma.

Como mujer, deseaba no estar sola, de encontrar la contención y el abrigo en los abrazos de un hombre que me amara, pero las marcas del pasado se hacían presente con el temor de volver a equivocarme por aquel sometimiento psicológico del que había sido víctima.

No podía confiar, ni establecer un vínculo; me resistía a aceptar el amor, aislándome de mis propios sentimientos.

Pensaba que a pesar de todo lo malo que había vivido, aun estaba de pié, comenzando un nuevo camino. Había llegado el tiempo del perdón, tantas veces sugerido por las personas que me querían ayudar y tantas veces buscado tras el gran deseo de no odiar, en ocasiones, lo sentía más cercano, como si ya estuviera por alcanzarlo.

La imagen poderosa de quien por tanto tiempo me dominó y ese resentimiento que por momentos me cegaba, después de cinco años comenzaba a debilitarse, tanto, que llegué a tener lástima por Gustavo.

Después de todo, aquel GUSTAVO con mayúsculas como solía verlo, no es más que un pobre esclavo que vive proyectando en los demás sus propias miserias.

Frente a situaciones como esas, donde se busca anular la identidad de la otra persona como recurso para establecer la propia; hay quienes intentan salir de esa condición y hay otras que continúan la cadena, transfiriendo en otros su falta de libertad.

“Sólo busca hacer esclavos quien está sujeto a la esclavitud”

Mientras tanto, Juan y yo seguíamos comunicándonos y el día del amigo reafirmó sus sentimientos escribiéndome un poema.

BATALLA

Resiste tu corazón
al espíritu que te golpea,
vas componiendo una canción
entre quejidos y peleas.
El brillo en tu mirada
que a veces se vuelve fuego,
lo desvanece y te acompaña
hasta que ganes el juego.
Ese juego en que te ubicó la vida
confiando en tus manos su victoria,
designó en ti la elegida
capaz de cambiar una historia.
Difícil es la misión
que desde lo alto te fue otorgada,
confía sólo en tu corazón
“En él, la batalla, ya fue ganada”

En ese regalo quedó manifestado el amor verdadero de una gran amistad.

Por mi lado, seguí la vida de un modo diferente, apostando a los sueños, los proyectos, a terminar el colegio secundario; intentando ganarle a la vida y al dolor. Estaba comenzando a desandar el camino del pasado.

Seguía pensando en mis hijas, las extrañaba mucho, pero dejaba que las cosas se fueran dando naturalmente, ya la mente no estaba bloqueada, podía pensar con más claridad y por sobre todas las cosas, comenzaba a creer que la felicidad era posible, por instantes... como la vida misma.

Ahora tenía uno objetivo, ayudar a otras Anas que estuvieran viviendo lo que yo viví, concretando un gran deseo: *escribir mi historia*.

NUESTRA PROPIA HISTORIA

Somos autores de nuestra propia vida.

Estuve veinticinco años al lado de un psicópata, pero no me daba cuenta. He sido una mujer golpeada y aunque esas marcas ya no están, quedaron las otras, las que estoy empezando a borrar de mi mente, mis pensamientos, mis recuerdos, los mismos que me acompañan cada vez que decido volver a empezar.

Hace seis años tuve que escapar de esa situación; hoy entiendo que era la única manera de librarme de aquella vida y de salvarme.

Finalmente entendí que las personas como Gustavo no tienen la capacidad de amar, porque ese sentimiento está dormido y a veces, para siempre.

Son muertos vivientes, pasajeros que descienden en esta vida y pasan por ella sin saber lo que es el amor; algunos pierden a sus esposas, sus hijos, y aunque no les importa, sólo piensan en ellos y en nadie más.

Nacen, viven, y al momento de partir se van con las manos vacías. Nada han sembrado y nada cosechan.

Algunas Anas deciden quedarse a pesar de los sufrimientos a los que, con el tiempo -aunque parezca casi imposible de comprender- se van acostumbrando y los hacen parte de la vida.

Esto se debe a la gran desvalorización a la que estamos sometidas, perdiendo así la propia identidad. Otras Anas deciden escaparse, y para recomenzar, necesitan del amor de las personas que acepten quedarse a su lado. Generalmente, cuando llega el momento de tomar tan difícil decisión, están solas, porque “ellos” se han encargado de alejarlas de los seres queridos, la familia, los amigos y cuando quieren huir de esa tortura psicológica, se hace imposible sostenerse en pie.

Después de seis años lejos de aquel infierno, donde había perdido la capacidad de sonreír, de pensar y de sentir, descubrí que hay otra vida y es diferente.

Los años vividos junto a Gustavo siento que fue un tiempo que perdí.

Muchas veces pensé en quitarme la vida pero nunca lo intenté, porque el amor a mis hijas era la fuerza que me sostenía para seguir viviendo, aunque vivir así era morirme un poco todos los días. Algunas Anas, llegan a concretar ese deseo y otras veces, terminan su vida en las crueles manos de sus verdugos.

Yo hoy decido seguir adelante por Amor a la vida...

Hoy decido seguir adelante por Amor a **“Mi Vida.”**

INFORME SICOLÓGICO SOBRE VIOLENCIA FAMILIAR

“Síndrome de la mujer maltratada”

El hombre violento selecciona a la víctima: “su esposa”.

“Mujer maltratada” se considera a toda persona del sexo femenino que padece maltrato físico, emocional y/o sexual.

La victimización incluye obligar a la mujer a ejecutar acciones que no desea y/o prohibirle la concreción de aquellas que sí quiere efectuar.

La violencia es una forma de control que se apodera de la libertad y la dignidad de quien la padece.

El abuso es una conducta que efectiviza un grave descenso en la autoestima de la mujer, impidiendo así el desarrollo de la persona como un ser independiente.

Quienes padecen este tipo de violencia, por lo general, soportan el maltrato emocional, además del físico, no percibiendo siquiera el deterioro del que son víctimas por el hecho de recibirlos constantemente.

Ellas son insultadas, humilladas, desautorizadas, descalificadas y desvalorizadas por su marido en forma de maltratos psíquicos, adueñándose del total control de su esposa.

Muchas veces, cuando la mujer decide pedir ayuda, lo hace dudando de su salud mental, en consecuencia de los instrumentos de poder que implementa el cónyuge, anulando la autoconfianza de la mujer al descreer lo que ella afirma, o a considerar como insignificante todo lo que para ella es importante y/o urgente.

Por lo general, la mujer maltratada suele justificar el accionar de su compañero porque lo considera enfermo. Ella se asume culpable, responsable y merecedora de tales castigos.

Las víctimas suelen ocultar lo que están viviendo, encubriendo la conducta de la pareja y deciden aislarse de toda relación para ocultar las marcas en su cuerpo.

Existe el “síndrome de la mujer maltratada.”

Éste promueve el estado de parálisis progresiva que adquiere la mujer.

Ella aprende que, haga lo que haga, siempre será maltratada, ya que no puede controlar ni detener la conducta de su marido, y cualquier acción de ella puede provocar un mal peor hacia sí misma o hacia otros.

Esto opera inmovilizándola para pedir ayuda, eso nos permite comprender el hecho de por qué las mujeres no pidan ayuda o se vayan del hogar.

Ellas fueron criadas para dar amor, para ser buenas esposas, buenas madres, buenas amas de casa; romper este estereotipo por abandonar el hogar, por denunciar al marido, por disolver la familia, etc., les crea una gran culpa a causa de su formación que se ve multiplicada por las atribuciones que les adjudican los demás: familia de origen de ella y/o de él, vecinos, amigos, compañeros de trabajo, escuela de los hijos, determinadas instituciones religiosas, etc.

De este modo, y tomando en cuenta los puntos descritos, pocas mujeres logran salir de esa manera de vivir, y las que lo hacen, tardan demasiado tiempo en “recuperar su identidad”.

El peso de la figura dominante las desvaloriza de tal modo, que algunas veces, quienes logran salir de ese mundo regresan con su cónyuge, sin poder lograr una nueva vida; algunas veces, el volver a estar con su pareja llega a costarle hasta su propia vida.

NOTICIAS DE LA AUTORA

Liliana Andrea Tarfa. Nacida en Rufino provincia de Santa Fe, Argentina, el 20 de febrero de 1964.

Vive actualmente en Villa Carlos Paz, provincia de Córdoba, Argentina.

Estudios cursados: Primarios y secundarios completos.

Taller Literario con la escritora Norma Sosa Frutos, año 2008.

Antología “Ventanas del alma” año 2008.

Programa literario de radio como Co-Conductora “Conociendonos” Radio La Maja, Villa Carlos Paz año 2009.

Integrante del Encuentro Cultural “La Magia de la Palabra” Salón Rizzuto con la Escritora Nelly Antokoletz.

Participó en “Pensamientos Literarios para la Paz” primera Antología Nacional e Internacional para la Paz de –IFLAC- “Foro internacional para una Literatura y una Cultura de la Paz” en Argentina y Sudamérica.

Miembro Fundador de “Las Naciones Unidas de las Letras” – “UNILETRAS”
Fundador Joseph Berolo – Co-Fundador Ernesto Kahan- año 2011.

Correo electrónico de la autora: jabibi008@hotmail.com

CONTENIDO

Dedicatoria

Llevamos en el presente

CAPÍTULO 1

Mi mente estalló...

CAPÍTULO 2

Desde aquel instante...

CAPÍTULO 3

Mi padre...

CAPÍTULO 4

Al llegar el verano...

CAPÍTULO 5

Así transcurrió el noviazgo...

CAPÍTULO 6

Y comencé mi vida...

CAPÍTULO 7

Mi panza crecía...

CAPÍTULO 8

Los tres primeros años...

CAPÍTULO 9

Una de las tantas veces...

CAPÍTULO 10

Tatiana crecía...

CAPÍTULO 11

Aquella gran desilusión...

CAPÍTULO 12

Pasaron algunos años...

CAPÍTULO 13

El invierno era muy crudo...

CAPÍTULO 14

Después de dos años...

CAPÍTULO 15

Gustavo ya no regresaba...

CAPÍTULO 16

Al día siguiente...

CAPÍTULO 17

Comencé así mi nueva vida...

CAPÍTULO 18

El trabajo con mi hermano...

CAPÍTULO 19

A tres años de separada...

CAPÍTULO 20

A fin de año...

CAPÍTULO 21

Enero comenzó...

CAPÍTULO 22

Los primeros días...

CAPÍTULO 23

Con Juan compartimos...

CAPÍTULO 24

Nuestra propia historia...

CAPÍTULO 25

Informe psicológico sobre violencia familiar.

Noticias de la autora.

